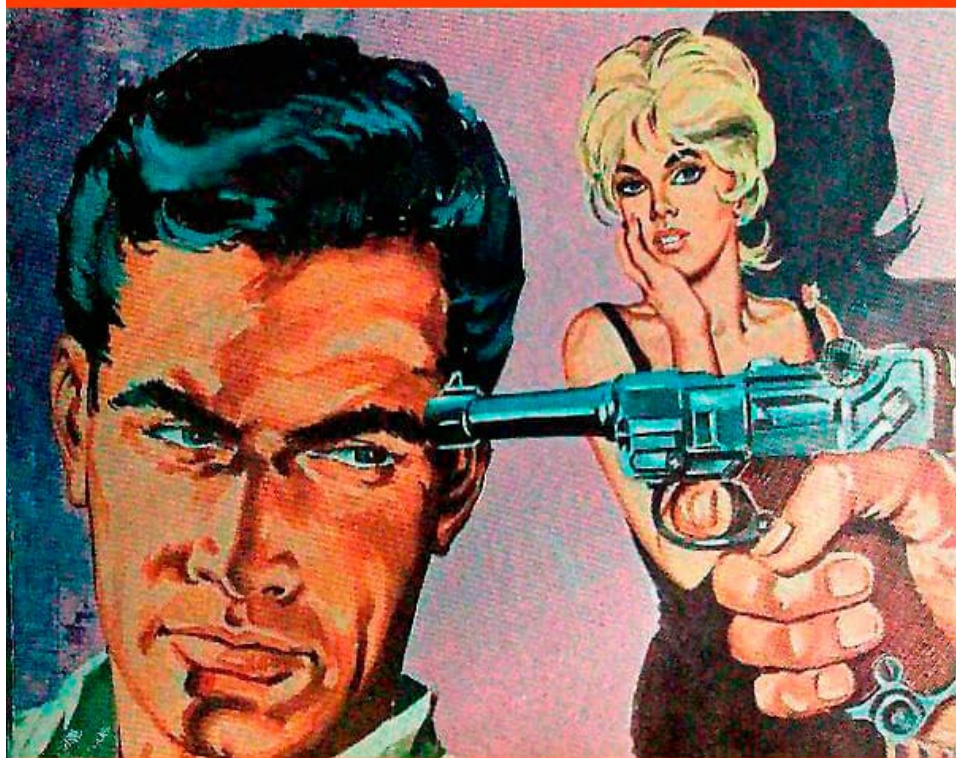




BURTON HARE

ALGO MAS QUE UN ATRACO



Habían caído en una emboscada y no tenían salvación posible. Sus uniformes negros se confundían con la oscuridad de la noche, pero les tenían cercados. Iban a morir y de eso no cabía duda. Por fin, aquellos monos amarillos iban a salirse con la suya.

Las ráfagas de las ametralladoras retumbaban en la inmensa selva. Las balas aullaban a su alrededor, tronchando el follaje, abatiendo las ramas y, de vez en cuando, horadando los cuerpos que se acurrucaban buscando una salvación que les estaba negada...

Y él no quería morir. Era una sensación curiosa aquélla. Había pensado muchas veces en la muerte... les habían enseñado a pensar en ella y a mirarla casi con desprecio. No quería morir.

Pero no tenía escapatoria. De momento, podían mantener a aquellos macacos a distancia gracias a sus formidables armas automáticas, pero cuando ellos empezasen a emplear los morteros que no podían tardar en entrar en acción... bueno, el asunto estaría acabado. Las explosiones...



Burton Hare

Algo más que un atraco

Bolsilibros - Servicio Secreto - 852

ePub r1.0

Lds 01.12.17

Título original: *Algo más que un atraco*

Burton Hare, 1966

Cubierta: Rafael Cortiella

Ilustraciones interiores: Costa y Altamira

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO





BURTON HARE

ALGO MAS QUE UN ATRACO

Colección **SERVICIO SECRETO** Nº. **852**

Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

LANE
MEERS

TASHA



CAPÍTULO PRIMERO

Habían caído en una emboscada y no tenían salvación posible. Sus uniformes negros se confundían con la oscuridad de la noche, pero les tenían cercados. Iban a morir y de eso no cabía duda. Por fin, aquellos monos amarillos iban a salirse con la suya.

Las ráfagas de las ametralladoras retumbaban en la inmensa selva. Las balas aullaban a su alrededor, tronchando el follaje, abatiendo las ramas y, de vez en cuando, horadando los cuerpos que se acurrucaban buscando una salvación que les estaba negada...

Y él no quería morir. Era una sensación curiosa aquélla. Había pensado muchas veces en la muerte... les habían enseñado a pensar en ella y a mirarla casi con desprecio. No quería morir.

Pero no tenía escapatoria. De momento, podían mantener a aquellos macacos a distancia gracias a sus formidables armas automáticas, pero cuando ellos empezasen a emplear los morteros que no podían tardar en entrar en acción... bueno, el asunto estaría acabado. Las explosiones...

Una explosión dentro de su cráneo le sobresaltó. Un tremendo golpe que todavía repercutía en sus nervios. Y una voz agria y destemplada que gritaba:

—¡Voy a cerrar, maldito borracho! ¿Es que has tomado esto por un hotel?

Despertó y con un esfuerzo levantó la cabeza que había tenido apoyada en los brazos. Éstos estaban cruzados sobre la mesa y todo se le antojó turbio y sucio a su alrededor.

—¡Lárgate a otra parte! —gritó el mozo, impaciente—. Ya no queda nadie más que tú.

Parpadeó. La sucia niebla continuó ante sus ojos.

—Está bien —farfulló torpemente—. Trae otro *whisky* y me iré...

—¿Otro *whisky*? Esto no es un centro de beneficencia... No tienes un centavo, así que largo.

—¿Qué hay de malo en que uno se emborrache...?

—¡Maldita sea! Nada, en absoluto. Pero siempre que puedas pagar lo que te bebes.

Ése no era un razonamiento que no tenía discusión posible. Lane Meres apoyó las manos sobre la mesa y se levantó. Sus piernas acusaron una debilidad creciente y se tambaleó.

La recia mano del mozo le sujetó por el brazo, sosteniéndolo, y sin miramientos de ninguna clase le obligó a andar hacia la salida.

Cuando se encontró en la desierta acera, Lane desgranó toda una sarta de maldiciones en voz baja. Sin embargo, no iban dirigidas al camarero. Ni él mismo sabía a quién o qué maldecía...

Echó a andar torpemente, dando traspiés y apoyándose de vez en cuando en la pared. Soplaban un airecillo fresco que se llevaba la niebla del río y permitía contemplar las estrellas. Era una noche agradable y clara...

Sólo en su mente existían nieblas... o tal vez en su corazón.

Y también las noches en las selvas eran estrelladas... y había muerte a su alrededor, acechando, descargando sus zarpazos implacables...

¿Por qué demonios pensaba en la guerra? Estaba borracho, muy bien. Pero uno se emborrachaba justamente para olvidar, no para seguir recordando un infierno que quedó atrás para siempre...

Se detuvo. Con dedos torpes tanteó los bolsillos por si en alguno de ellos quedaban unas monedas...

Todo lo que encontró fue un arrugado paquete de cigarrillos, del que extrajo uno, encendiéndolo a continuación con dedos torpes.

Inhaló el humo con deleite. Siguió andando. Y pensando...

Y recordando...

Luego, más tarde, no podía decir cuánto tiempo más tarde, pensó en su situación económica. Estaba sin un centavo, eso era indiscutible. Toda la paga del mes se había esfumado en pocos días... y apenas había comido... y debía el alquiler de su habitación...

—¡Demonios! —soltó en voz alta—. Necesito algunos dólares más.

Seguro que los necesitaba. Pero no había manera de obtenerlos

hasta el día tres del siguiente mes...

Arrojó el cigarrillo. Si pudiera encontrar un trabajo decente... Lo malo es que los trabajos decentes son los más mal pagados... ¿Cómo arreglarlo?

Por otra parte, estaba todavía en manos de los médicos del ejército. Por eso continuaba cobrando su paga.

Más dinero. Estupendo. Muy bien Pero ¿de dónde?

—Podría asaltar un Banco —gruñó otra vez, en voz alta.

Se echó a reír. Tenía gracia aquello. Siguió riendo más de un minuto. Después, sus carcajadas cesaron de golpe.

Buena estaba la situación para reírse.

Un Banco no, pensó. Demasiado riesgo. Ya estaba harto de correr riesgos. Meses y meses arriesgando el pellejo cada noche... Al demonio. Nada de peligro.

Además no estaba dispuesto a darle la razón a Ta sha. Le pareció escuchar su voz dulce, tensa entonces por el enfado...

«—Está bien, Lane, si lo quieres así. Pero si no cambias acabarás mal... muy mal...».

Era como un sonsonete que se repitiera una y otra vez en su turbia mente.

«Acabarás mal... muy mal...».

—Bueno, ¿y a quién le importa?

Su voz resonó ronca en el silencio de la calle.

Continuó andando. Nada de asaltar Bancos. Eso es una estupidez que siempre acaba mal, ¿no?

Se dio la razón.

Un atraco. Ajá, eso estaba mejor. A fin de cuentas, él no necesitaba mucho dinero... sólo el suficiente para seguir bebiendo el resto del mes.

Poco dinero. ¿Cien, doscientos...?

Serían suficientes.

Un atraco. Eso era fácil. Debía serlo por lo menos.

El aire fresco le despejó un poco. Doscientos dólares... podría emborracharse tanto como quisiera hasta cobrar la nueva paga...

Empezó a silbar, satisfecho de haber resuelto un problema. Sólo quedaba decir cómo llevarlo a cabo.

Si uno se detiene a pensar en ello, un atraco no es una cosa sencilla tampoco. Naturalmente que no.

Analizando los pros y los contras con su entorpecido cerebro, Lane Meres elaboró dificultosamente una especie de plan de campaña...

Sólo que no tenía ninguna arma.

Vaya idiotez. ¿Por qué no se había traído una pistola como recuerdo?

Bien, entre otras razones porque no había emprendido el viaje por su propio pie, sino en una camilla, inconsciente y medio muerto...

Una pistola. Eso era imprescindible para realizar un buen asalto...

Pero obtener una pistola es mucho más difícil de lo que la gente cree, especialmente para un tipo como Lane Meres, borracho y sin un centavo.

Dio un traspie y se detuvo, vacilando sobre sus piernas. Eso le recordó que todavía continuaba bajo los efectos del alcohol.

Retrocedió los dos pasos que le separaban del edificio que había a sus espaldas. Se apoyó contra él, notando el frío del cristal en las manos.

Si pudiera conseguir una pistola seguro que realizaría un atraco perfecto. Estaba entrenado para asaltos mucho más peligrosos... les habían entrenado durante meses y meses, enseñándoles a sorprender al enemigo, a ponerlo fuera de combate con las manos desnudas... a matarlo sin ayuda de armas, sólo con los músculos...

Pero un atraco era distinto. No quería matar. Naturalmente que no. Y un individuo no se asusta si alguien le amenaza con romperle el cuello, pidiéndole la cartera a cambio de dejarlo en paz... la víctima necesita ver un arma... convencerse a sí misma de que debe ceder, amordazando así el despecho de verse vencido...

Un arma...

Bien, no tenía un arma...

Trató de encender otro cigarrillo. El aire apagó su cerilla. Se volvió de cara al cristal sobre el que se apoyaba, protegió la llamita con las manos y prendió fuego al pitillo.

Y entonces, a la débil luz de la cerilla, los vio.

Estaban al otro lado del cristal.

Revólveres.

Y pistolas.

No podía creerlo. Era un espejismo...

Estaban bien metidos en cajas forradas de terciopelo oscuro. Todo el escaparate estaba lleno de armas, pero había también trenes eléctricos, diminutos cosmonautas, coches, muñecas...

Juguetes.

¡Juguetes!

Era una burla. No podía ser otra cosa. Una burla del destino.

Cerró los puños con violencia. Por un instante sintió la tentación de estrellarlos contra el cristal para desahogar la rabia que le invadía...

Armas de juguete...

Repentinamente, toda su furia se esfumó. Sus músculos se relajaron.

Después de todo, ¿por qué no?

Eran unos juguetes contruidos con maravillosa fidelidad, hasta con el menor detalle...

La niebla de su mente pareció desvanecerse por unos instantes. Luego gruñó un juramento y disparó un puntapié al enorme cristal.

Hubo un tremendo estrépito de cristales rotos, una lluvia interminable de esquirlas que siguió repicando como si jamás fuera a extinguirse.

Seguían cayendo cuando él alargó la mano y se apoderó de una de las cajas forradas de terciopelo y echó a correr alejándose de aquel paraje.

No corrió mucho. Tras doblar la esquina recuperó el paso normal, todo lo normal que podía conseguir con el exceso de *whisky* que llevaba en el cuerpo.

Anduvo por espacio de quince minutos. Entonces se detuvo cerca de un farol y examinó su botín.

Acababa de apoderarse de una *Parabellum* impresionante. Incluso el cierre era movable.

Sólo que estaba fabricada casi enteramente de plástico.

Arrojó la caja a un cubo de basura, metió la pistola de juguete en el bolsillo trasero del pantalón y reanudó la marcha.

Bien, ya tenía el arma. Sólo se trataba de un atraco, no de matar a nadie. No podía fallar.

Sólo faltaba elegir una víctima propiciatoria, ni más ni menos.

¿Un noctámbulo?

Ésos suelen llevar muy poco dinero encima, unos en previsión precisamente de un atraco, otros porque se lo han gastado a esas horas de la madrugada.

¿Un taxista?

Mal asunto... están demasiado fogueados...

Una farmacia.

Ajá. Una farmacia de esas que no cierran en toda la noche...

O una confitería, o un bar...

Al demonio. El primer establecimiento que encontrase abierto a su paso. Decidiría la suerte.

Quizá fuera una ilusión de sus sentidos, pero Lane Meres creyó que andaba con más seguridad, con más aplomo desde que llevaba la pistola en el bolsillo trasero del pantalón.

Una pistola de juguete.

CAPÍTULO II

Era uno de esos establecimientos modernos, bien iluminados, asépticos. Farmacia, confitería y puesto de periódicos y revistas.

Estaba abierto toda la noche. A la izquierda había un mostrador en el que se expendían refrescos. Las fuentes de soda brillaban bajo las luces. Al fondo estaba la farmacia y a la derecha el puesto de periódicos y revistas con su multicolor despliegue de portadas llamativas.

En el mostrador de las fuentes de soda había una pequeña exposición de confitería. Y unas cajas de bombones de tentadora presencia.

Pero había dos dependientes.

Eso era un inconveniente.

Desde el otro lado de la calle, Lane contempló el establecimiento con ojo crítico. No había ningún cliente en aquellos momentos ni se veía a nadie en toda la calle.

Sólo los dos empleados, uno en el mostrador de soda y otro en el de farmacia. Los dos ocupados ojeando unas revistas.

Eran dos tipos jóvenes y fuertes. Se fijó en que sus caras eran más bien desagradables, aunque eso no le impresionó demasiado. Mucho más desagradables eran las caras de los macacos que estuvieron a punto de mandarle al infierno.

¿Cuánto habría en las dos cajas registradoras?

Doscientos... quizá más.

Su mirada vagó por todo el establecimiento. Se detuvo unos segundos en las cajas de bombones. A Ta sha le gustaban los dulces.

¿Qué diría ella si pudiera saber sus intenciones?

Bueno, no tenía por qué saberlo.

Atravesó la calle y penetró en el establecimiento. Estaba

tranquilo, extrañamente tranquilo. Sólo la niebla que semejaba entorpecer su mente seguía siendo una molestia, pero la ignoró. Todo era fácil, tan fácil como un juego...

El dependiente del mostrador de soda levantó la cabeza y le miró con fastidio.

—Uno de naranja —pidió con voz segura.

El mozo le sirvió sin pronunciar palabra. Luego, consultó su reloj, se encogió de hombros y miró a la desierta calle. Tras esto volvió su atención a la revista que estaba leyendo.

—Llame a su compañero —ordenó Lane—. Quiero proponerles algo.

—¿Qué?

—Llámelo y lo sabrá.

Tomó el vaso y bebió un sorbo. El refresco estaba bueno y engulló la mitad antes de dejar el vaso sobre el mostrador.

El mozo había hecho una seña a su camarada y los dos se reunieron ante él, mirándole sin asomo de amabilidad. Decididamente, no eran unos dependientes muy complacientes después de todo.

Lane les sonrió tranquilamente, se llevó la mano al bolsillo y empuñó su *Parabellum* de plástico. La saco con rapidez, mostrándola a la pareja, pero disimulándola inmediatamente con el vuelo de la chaqueta.

—Esto es un atraco —gruñó—. No quiero hacerles daño si no me obligan...

—¿Ha tomado esto por un banco, amigo? —refunfuñó uno de los empleados, nervioso.

—Todo lo que hay en las cajas, rápido. Estoy desesperado y no me importa lo que suceda...

Algo debieron ver en su actitud que les decidió. Cada uno se dirigió a una caja, mirándole de reojo. Lane saltó del taburete y los vigiló con actitud tensa, expectante.

Ambos mozos convergieron nuevamente ante él, colocando sobre el mostrador sendos fajos de billetes de distintos valores.

—Muy bien, retrocedan...

También obedecieron, fulminándole con sus miradas de impotente ira.

Lane repartió el dinero en sus bolsillos. Luego comenzó a

deslizarse a lo largo del mostrador.

—No se muevan. No tengan prisa en salir o recibirán un balazo. No dejaré que nadie se interponga en mi camino...

Se detuvo cuando ya llegaba a la puerta. A su lado, las cajas de bombones adornaban aquella parte del mostrador tentadoramente. Y a Ta sha le gustaban los dulces.

Había una caja envuelta y separada, con una cinta encarnada y un gran lazo... debía ser un encargo.

Alargó la mano y se apoderó de la caja envuelta. Los dos dependientes dieron un salto. Uno de ellos gritó:

—¡Maldito sea, deje eso!

—Tranquilos, muchachos.

Giró sobre los talones y abandonó el establecimiento. Echó a correr al ver que la calle estaba totalmente desierta.

Sintió grandes tentaciones de echarse a reír. Vaya broma... con una pistola de juguete... nadie lo creería...

Llegaba a la esquina cuando sonó el primer estampido. Algo zumbó no muy lejos de su cabeza.

La sorpresa estuvo a punto de detenerlo en la carrera. ¡Le estaban disparando! ¿Qué demonios...?

Dos disparos más retumbaron en la noche y las balas arrancaron esquirlas de estuco del muro de su derecha, junto a la esquina.

La dobló como si le hubiesen nacido alas en los pies. Corría con perfecta coordinación de todos sus músculos, como un atleta bien entrenado.

Realmente, estaba bien entrenado. Le satisfizo comprobar lo bien que respondían sus músculos. Eso indica que los médicos habían hecho un buen trabajo con él...

Detuvo la carrera cuando estuvo seguro que nadie le perseguía. Entonces anduvo normalmente, notando los acelerados latidos de su corazón. No supo si se debían a la excitación o a la carrera.

Apretó la caja de bombones bajo el brazo. Había sido demasiado fácil... apenas podía creerlo.

Claro que en el último instante había estado a punto de acabar mucho peor de lo que Ta sha le vaticinara, cuando le habían disparado. ¿Cómo iba a imaginar que unos miserables mozos de farmacia estuvieran armados?

De todos modos, era una suerte que no se hubiesen atrevido a

empuñar su arma mucho antes...

Bueno, al diablo con ellos. Todo había salido bien.

Llegó a la habitación que tenía alquilada en un hotel de tercera categoría, cerró la puerta con llave y, abandonando la caja de dulces sobre la cama, vació sus bolsillos amontonando el dinero encima de la mesa.

Lo contó con dedos nerviosos. Cuando terminó sintió un estremecimiento. Había quinientos siete dólares. Mucho más de lo que había pensado obtener.

Se entretuvo amontonándolo por orden. Los billetes de dólar en un montoncito, los de cinco en otro, y los de diez a continuación... Era como jugar un solitario que no ofreciera dificultades. Era demasiado fácil.

Como el «golpe».

Descolgó el teléfono y llamó al empleado de noche del hotel.

—Quiero una botella de *whisky* —dijo—. Y traiga también algo de hielo, ¿conforme?

—¿Le traigo también la nota, señor Meres? Debió ser liquidada hace una semana...

—Está bien.

Cuando el empleado apareció en la puerta había una mirada de desconfianza en sus ojos. No estaba muy seguro de cobrar, eso saltaba a la vista.

—Primero mi deuda —rió Lane, tomando la factura, que abonó sin protestar, añadiendo dos dólares de propina. Luego, pagó el *whisky* sin discutir el abusivo precio y acarició la botella. ¿Cuántas podía adquirir con todo aquel dinero?

El empleado estaba a punto de retirarse sin salir de su asombro, cuando a Lane se le ocurrió una idea.

—Espere un minuto, amigo... —Le entregó la lujosa caja de bombones atada con la cinta—. Haga un paquete con esto, sin estropear mucho la presentación, y mándelo a la dirección que le daré. ¿Podrá hacerlo pronto?

—Seguro... enviaré un mensajero a las ocho de la mañana.

—Magnífico... Ponga también esta tarjeta mía dentro del envoltorio. La dirección es nueve, seis, uno de *Columbus Avenue*.

El empleado anotó las señas. Luego indagó:

—¿A nombre de quién va el envío, señor Meres?

—Solamente, Ta sha.

El hombre enarcó las cejas, pero tomó también nota y tras embolsarse dos dólares más salió de la habitación cerrando la puerta.

Lane Meres se despojó de la americana, que arrojó sobre una silla, luego extrajo la pistola de plástico, la contempló tinos instantes y, echándose a reír, la tiró a un rincón, dedicándose a llenar un vaso con *whisky* y hielo. Con el vaso en la mano tendióse encima de la cama y fue bebiendo a pequeños sorbos...

Hasta emborracharse era fácil para quien estaba decidido a hacerlo.

CAPÍTULO III

Le despertó el estridente sonido del teléfono. Parpadeó, con la mente en blanco. Luego se dio cuenta que el sol entraba por la ventana, que el ruido del tráfico deslizándose en la calle era como todos los días y que él tenía un terrible dolor de cabeza.

Soltó un gruñido ante la insistencia de la llamada, de manera que alargó la mano y tomó el auricular, sólo para extinguir el maldito timbre.

—¡Hable! —gritó.

—Lane...

Era una voz profunda, suave; como una caricia.

—¡Ta sha! —exclamó, atónito.

—Tardaste mucho en contestar, querido.

—Estaba dormido. ¿Qué pasa?

—Sólo deseaba darte las gracias. No todo está perdido en ti.

Hubo una risita alegre. Se estremeció.

—¿De qué estás hablando?

—De la caja de bombones. La he recibido esta mañana... Pero dudaba entre llamarte y darte las gracias o devolvértela.

—¿Bombones? —balbuceó—. Debe haber un error en alguna parte. Yo no...

—Había una tarjeta tuya sujeta a la cinta, Lane.

Repentinamente, como un fogonazo, recordó y pegó un salto en la cama que le dejó sentado en el borde.

—¡Oh! —jadeó—. Celebro que te gustase mi envío. Recordé que eras aficionada a los dulces, ¿sabes?

—No creía que todavía pensaras en mí...

—Nunca he podido olvidarte.

—No hablas en serio...

—Seguro que sí. A pesar de lo mal que me trataste, Ta sha.

—Me gustaría estar segura de que hablas sinceramente. Pero me gustaría más todavía saber que ya no bebes... que ya no sigues compadeciéndote a ti mismo y que has decidido enfrentarte con la vida cara a cara... Entonces sería feliz.

—Bueno, yo...

—¿Bebes?

—Mira, muchacha...

—¿Bebes o no?

—¡Condenación, sí! Pareces un inquisidor. ¿Tú crees que las cosas puedan hacerse así de fáciles? No quiero eso, fuera. Asunto resuelto. Pero no es posible desprenderse de un bagaje como el mío sin dejar...

—Lo siento, Lane, había creído que... que todo podría volver a ser como antes...

—Yo sigo amándote del mismo modo, Ta sha.

—No puedo creerte. Mi amor no ha sido capaz de apartarte de la bebida... ni de impulsarte a luchar, o a trabajar para...

—Para sostener un hogar con cuatro centavos. No, gracias. Te dije que quería lo mejor para ti...

—¡Pero yo no quería eso! ¿No comprendes, tonto? Es a ti a quien quiero... A quien quería —rectificó apresuradamente.

—Ta sha...

—Gracias por tu obsequio después de todo. Supongo que me lo mandaste en uno de tus escasos momentos de lucidez. Adiós, Lane...

—¡Espera!

Sonó un chasquido. Ella había colgado. A Lane se le antojó que había oído una especie de sollozo ahogado antes que se cortase la comunicación.

Colgó el auricular con un fuerte golpe. Luego se llevó las manos a la cabeza y notó que el tremendo dolor aumentaba de manera alarmante.

Levantándose, tropezó con la botella, que estaba en el suelo. La tomó para colocarla sobre la mesita y vio que no contenía siquiera una tercera parte de su contenido. No era extraño que su cabeza estuviera a punto de estallar.

Metiese en el cuarto de baño, engulló dos aspirinas y un vaso de

agua. Antes de guardar el tubo, todavía se echó otro comprimido a la boca.

Tras esto, se dio una larga ducha que a duras penas consiguió despejarlo lo suficiente para pensar con claridad.

Pero no podía pensar en nada que no fuera Ta sha. Ni tan siquiera el recuerdo de su aventura de la noche anterior conseguía desplazar la imagen que surgía en su mente, la dulce y bella imagen de la muchacha que había estado a punto de ser suya, enamorada, apasionada como él mismo, con unos labios inolvidables, jugosos y húmedos como una fruta madura y ardiente.

Se frotó con energía. Algo debía decidir al respecto si no quería acabar loco de remate. Era inútil luchar contra la evidencia. Amaba a la hermosa muchacha, de eso no cabía duda.

Si pudiera dejar de beber... ella le aceptaría de nuevo...

Bueno, tal como había dicho antes, no era tan fácil a fin de cuentas. Había una suerte de infierno en el fondo de su cerebro, un demonio que le empujaba, le guiaba hacia la bebida y el aturdimiento...

Alcoholizado. Así es como terminaría si continuaba por el mismo camino... Acabaría viendo visiones extrañas, animales raros rodeándole y un buen día reventaría y el asunto quedaría resuelto por sí mismo.

A menos que diera media vuelta en el camino emprendido y tomara el que conducía a Ta sha.

Ella era la salvación.

Bien, era preciso pensar en eso.

Luego sintió apetito y advirtió que eran casi las dos de la tarde. Soltó un juramento, tomó el dinero robar de y abandonó la habitación.

* * *

Los grandes titulares del periódico daban cuenta del atraco a una farmacia nocturna. Otro titular tan grande como el primero rezaba:

DOS EMPLEADOS ASESINADOS A TIROS

Lane lo leyó dos veces, se estremeció. Era una sorprendente coincidencia que la misma noche en que él llevaba a cabo su atraco otro estuviera cometiéndose en otra parte con dos asesinatos como colofón.

Comenzó a leer el artículo. La comida quedó intacta en la mesa. Aquello encajaba perfectamente en su «trabajo» de la noche anterior. El mostrador de soda, el de revistas, el de farmacia al fondo del establecimiento... las dos cajas desvalijadas... los estuches de bombones desparramados por el suelo...

Eso no lo recordaba.

Ni los dos asesinatos naturalmente.

Y de repente sus ojos cayeron sobre una fotografía y reconoció con todo detalle el establecimiento atracado por él. No cabía duda al respecto.

Pero en aquella foto había dos cuerpos tendidos en el suelo y manchas oscuras alrededor de los cadáveres...

Mas, es imposible matar a nadie con una pistola de juguete... una *Parabellum* de plástico...

Cerró un instante los ojos. En su mente se reflejó la escena del atraco tal como se desarrollara... exactamente igual a como la recordaba...

Y también eran idénticas a las dos que aparecían en el periódico.

Dos asesinatos.

¡Dos crímenes!

¿Es que estaba volviéndose loco? No podía haberlos matado él... Pero las noticias eran claras e indudables.

Alguien había atracado una farmacia asesinando a los dos empleados.

Entonces, y tras revivir mentalmente el instante de su fuga, volvió a concentrarse en los detalles del relato periodístico. Allí no había una sola palabra de los disparos hechos contra el atracador en su huida...

Absurdo...

Su mente giraba como un torbellino, era un caos enloquecedor...

Si aquellos dos desgraciados hubiesen muerto a golpes... eso podría haberlo hecho él en un rapto de locura... bajo un impulso incontrolable ordenado por su cabeza todavía no recobrada de sus heridas... Pero no a tiros.

A tiros no podía haberlos matado...

Arrojó el periódico y trató de pensar con calma. Luchó por tranquilizar su conciencia y casi lo consiguió tras repetirse un millón de veces que él no tenía nada que ver con los crímenes.

Luego, cuando sus nervios volvían a su estado normal, pegó un respingo que estuvo a punto de derribar la mesa.

El vaso de refresco de naranja...

Sus huellas dactilares.

Le identificarían.

¡Qué estúpido había sido! Dejar el vaso en que acababa de beber. ¿A quién podía ocurrírsele tamaña monstruosidad? Cualquier mozalbete imberbe hubiera pensado en ese detalle...

Y él se consideraba inteligente, bregado en luchas mortales... Bueno, había demostrado todo lo contrario.

En lugar de acabar con la comida que todavía quedaba en el plato, pidió un *whisky* doble y lo engulló de un trago. Notó el impacto del alcohol hasta en las más recónditas fibras de su cuerpo.

Pensó en emborracharse de nuevo, acabar con el remolino que giraba dentro de su mente amenazando con volverle loco...

Luego imaginó que si se emborrachaba no podría controlar sus palabras ni sus reacciones. Quizá se delataría a sí mismo, inconscientemente.

Optó por renunciar a la embriaguez, a pesar de los torturadores revoltijos en que su cerebro navegaba.

Salió a la calle. Tuvo la sensación de que mil ojos se clavaban en su rostro. ¿Es que iba a comenzar por perder la serenidad sin motivo alguno para ello?

No le conocían todavía. La policía debía estar en esos momentos intentando localizar al propietario de las huellas de aquel vaso... y aunque lo consiguiesen, tampoco eso sería suficiente para acusarlo... no podrían probar que el atraco hubiera sido cometido por él.

Simplemente, había entrado a beber un refresco.

Muy bien. Lo había pagado, abandonando el establecimiento. Ni más ni menos. ¿Por qué iban a acusarle de atraco?

Ese pensamiento le tranquilizó en parte. Siguió acariciándolo, dándole vueltas, puliéndolo...

Le preguntarían la hora, naturalmente. Pero estaba demasiado

borracho para recordarla... Tendrían que creer eso porque averiguarían sin la menor duda que el estado de embriaguez era su estado natural desde que abandonara el hospital del ejército...

Deambuló sin rumbo, no atreviéndose a regresar al hotel por si la policía le había identificado ya.

Luego, al comprar la primera edición de los periódicos de la tarde, leyó su nombre en grandes caracteres. La policía le buscaba para interrogarle sobre el atraco y los asesinatos de la noche anterior...

Y su fotografía campeaba en primera página. Una fotografía vestido de militar... con lo cual quedaba claro cómo le habían identificado tan pronto.

CAPÍTULO VI

No sabía cómo habían transcurrido las horas. Se sorprendió al darse cuenta que el reloj señalaba las dos de la madrugada. Y apenas si había bebido un par de tragos en establecimientos casi vacíos, en calles poco frecuentadas, y el poderoso deseo del alcohol le acuciaba tanto por lo menos como sus temores.

También era irresistible la incertidumbre de lo que ocurriría a partir de aquella noche. Varias veces había estado a punto de presentarse a la policía para declarar sinceramente lo sucedido. Contarles toda la verdad, desde el instante en que había roto el escaparate para apoderarse de la pistola de juguete...

Pero ¿y si no le creían?

Reconocía que era una historia capaz de convertir en escéptico al más crédulo de los policías.

No le creerían.

Y una acusación de doble asesinato, cometido para robar, conduciría al acusado directamente a la silla eléctrica.

Sería una ironía del destino que hubiera podido salvar la vida en las selvas del Vietnam, y que sus propios ciudadanos acabasen con él en la cámara caliente.

Instintivamente, sus pasos le llevaron hacia las inmediaciones del hotel.

Se detuvo en la esquina cercana al hotel, pero a pesar de sus esfuerzos no pudo distinguir ningún coche policíaco en las cercanías.

No obstante, debían saber ya que se alojaba en aquel hotel, pues aquélla era la dirección que constaba en su ficha de salida del hospital. Muy extraño...

O quizá era tan sencilla la explicación que por eso no se le había

ocurrido antes... Seguramente, después de los escandalosos titulares de los periódicos, los policías creían que se había escondido en cualquier otra parte y que no regresaría al hotel por miedo a ser detenido allí.

Anduvo normalmente hasta la siguiente esquina. Pudo ver, al otro lado de la calle, el desierto vestíbulo del hotel. No había tampoco polizontes aguardándole dentro...

Entonces pensó que podría entrar por la puertecita de servicio. Necesitaba ropa, y averiguar si su habitación había sido registrada, en cuyo caso debían haber encontrado ya la pistola de plástico, cosa que les haría reflexionar profundamente...

Atravesó la intersección de calles, recorrió la distancia hasta el callejón trasero y se adentró en la oscuridad. Había una pequeña luz sobre la puerta de servicio, y para él representó un faro al que debía llegar para sentirse seguro.

Más, fue precisamente al llegar a la luz cuando la cayeron encima.

Eran dos hombres altos y corpulentos que se colocaron uno a cada lado. Al mismo tiempo, una pistola entró en contacto con su costado y una voz ruda ordenó:

—Nada de tonterías. No grite ni alborote. Queremos saber quién es usted...

—Esperen un minuto. Puedo explicárselo todo satisfactoriamente.

—Seguro, seguro... avance un poco más, hasta que la luz le de en el rostro...

Suspirando resignadamente, Lane avanzó los tres o cuatro pasos hasta situarse bajo la amarillenta luz. La misma voz gruñó:

—Es él sin duda, Broek. Hemos estado de suerte.

—Oigan...

—Cierre el pico. La menor tontería y le atizaremos sin contemplaciones. Andando, el coche espera en la otra calle.

Le condujeron hacia el otro extremo del callejón, el opuesto a aquél por el que había entrado. Allí había un largo sedán azul claro, al cual le obligaron a entrar. Uno de los dos se colocó ante el volante, y el otro se instaló a su lado sin dejar de amenazarle con la pistola.

—¿Lleva armas? —le preguntó.

—No.

—Es mejor que lo compruebe. Cuidado con lo que hace, ¿entendido?

Una mano experta le tanteó hasta convencerse de que estaba desarmado.

—Muy bien, Broek, vámonos.

El coche arrancó. Lane recostóse en el respaldo y pensó amargamente en su endiablada situación. ¿Cómo iba a convencer a los policías de que no sabía una palabra de los asesinatos?

De repente, advirtió que el coche tomaba el camino del puente de Williamson, rumbo a Brooklyn. Se enderezó vivamente.

—¡Eh, un momento! Éste no es el camino del Precinto... ¿Qué clase de policías son ustedes?

—¿Policías? —El hombre se echó a reír socarrona[^] mente—. ¿Quién le ha dicho a usted que somos polizontes?

Estupefacto, se inclinó hacia adelante para ver mejor el rostro de su guardián.

—¿Quiere decir que me han detenido sin ser policías?

—Debe estar chiflado —refunfuñó el Conductor.

Estaban atravesando el puente. Aquello podía considerarse un rapto, se dijo. Sin embargo, actuaban con una sangra fría escalofriante.

Cuando intentó hacer más averiguaciones, el que estaba a su lado gruñó:

—Cállese o le atizo, estúpido.

—¡No me voy a callar! No tienen ningún derecho a...

Sintió el terrible golpe en el costado y la visión se le oscureció. Casi no encontró voz con que gemir a causa del lacerante dolor. El pistolero le había hundido el cañón de la pistola en los riñones.

—Siga discutiendo las órdenes y verá lo que le ocurre —dijo con voz sin inflexiones.

Jadeando, se echó atrás buscando refugio en el ángulo más alejado del asiento.

Trató de comprender lo que estaba sucediendo. Todo lo que pensó fue que se trataba de un error. Le habían confundido con otro, eso era indudable.

—Oiga, ¿a quién buscaban ustedes? —Silabeó con dificultad.

—A usted. Y cierre el pico.

—Se han equivocado Mi nombre es Lane Meres...

—Naturalmente Lo sabemos de memoria.

Da manera que no era un error después de todo...

Ya no trató de averiguar nada más, pero su inquietud fue en aumento.

Atravesaron Brooklyn y el coche se internó en Long Island sin disminuir la rápida marcha. Ya ni siquiera trataba de atisbar por la ventanilla para saber a dónde le conducían, puesto que desconocía aquella parte de Nueva York.

Rodaban ya por la carretera que bordeaba la costa sur. Aquí, y allá, las luces de una vivienda se esfumaban en la distancia, y a intervalos aparecía el mar con reflejos de plata bajo la luz de la luna.

Hasta que el coche dobló por un camino vecinal, como si quisiera dirigirse al agua. Pero en aquel paraje, la carretera estaba más apartada de la playa y donde desembocaron fue en la explanada delantera de una lujosa residencia, ante cuya puerta se detuvo el coche con un suave balanceo.

—Abajo, pichón.

La pistola le empujó sin contemplaciones. Se encontró andando entre los dos matones. La puerta se abrió sin necesidad de llamar y otro hombre, bajo y rechoncho, pero de aspecto fuerte, le contempló con curiosidad.

—¿Este es el tipo? —preguntó a sus compinches.

—Seguro. ¿No le ves la cara? Es la misma que reproducen los periódicos.

—Es cierto... aunque en los papeles está de uniforme...

—¿Dónde está el patrón?

—En el despacho, impaciente.

—Siempre está impaciente por una cosa u otra —refunfuñó el conductor, a quien llamaban Broek.

Le empujaron nuevamente.

Y de pronto se vio frente al «patrón».

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, sienes grises y aspecto distinguido. Unos ojos crueles estropeaban un poco la apariencia, pero la abierta sonrisa de sus labios era el contrapeso de la sensación anterior.

—Siéntese, muchacho —dijo cortésmente.

Su voz era casi amable. Lane avanzó hasta caer sentado en un ancho butacón, frente a la mesa.

—No sé qué significa esto —dijo—, pero están equivocados si creen que pueden secuestrar a un hombre sin que pase nada después.

—Tampoco se pueden cometer atracos, muchacho... ni asesinatos.

—Ya veo... Han leído los periódicos.

—Sabemos mucho más que los diarios, Lane. Espero que sea usted un tipo razonable, a fin de terminar esto lo más pronto y amistosamente posible.

—¿Terminar qué?

El hombre sentado al otro lado de la mesa ensanchó un poco más su sonrisa.

—Primero le expondré la situación actual tal como se le presenta, Lane... usted no es tonto y me comprenderá con pocas palabras. ¿De acuerdo?

—Se me antoja una estupidez todo esto. Melodramático. ¿Por qué no va derecho al grano y terminamos?

—La juventud siempre tan impaciente... pero yo ya no soy joven. Por lo menos, no tanto como me gustaría serlo —se echó a reír. Se portaba igual que si se tratase de una reunión social, o de un grupo de amigos.

—Está bien, si eso le divierte puede continuar.

Lane se recostó contra el respaldo, sacó un cigarrillo y lo encendió. No obstante, y a pesar de sus esfuerzos para evitarlo, sus dedos temblaron visiblemente.

La voz cultivada del hombre prosiguió:

—Usted cometió un atraco, anoche. Dejó sus huellas dactilares en un vaso, de manera que la policía le ha identificado muy pronto...

—¿Cómo me ha identificado usted, aparte de las noticias de prensa?

—He sumado dos y dos. La policía ha registrado su habitación. Yo me he limitado a seguirlos hasta el hotel. Cuando ellos han decidido que usted ya no volvería allí, por haberse escondido en otra parte, yo he pensado que no perdía nada con apostar a mis hombres en la salida trasera, sólo por si la suerte me sonreía.

Bueno, acerté y usted está aquí. Es una gran suerte, verdaderamente.

—Adelante, siga con su cuento.

—Okey; estábamos hablando de su atraco de anoche. Estupendo. Se llevó más de quinientos dólares... y mató a los mozos.

—¡Miente! Yo no maté a nadie. Ellos dispararon contra mí.

—Estoy seguro que dice usted la verdad. Le creo. Pero ahora le estoy exponiendo la situación tal como la tiene usted planteada con vistas a la Ley. Usted mató a dos hombres. Quizá crea que no podrían probarlo, en caso de ser procesado. Debo decirle que en un caso así surgirían dos testigos que jurarían haberle visto disparar contra los dos dependientes, a sangre fría, cuando ya se marchaba del establecimiento.

Lane no acertó a articular palabra durante unos segundos.

Luego balbuceó:

—Eso es una estupidez... nadie pudo verme cometer un acto que no realicé...

—Observe que no digo que le vieran cometerlo, sino que lo jurarán así.

—Ya veo... testigos falsos.

—Ni más ni menos.

—Y todo eso, ¿por qué? No soy tan importante...

—Para mí lo es. He querido exponerle la situación tal como yo puedo hacer que la vea la policía. Estoy en disposición de entregarles un caso brillante atado con una cinta para ser transferido al fiscal sin más trámite. Hasta me darían las gracias.

—Repito mi pregunta. ¿Por qué todo ese cúmulo de falsedades?

—Porque quiero que me devuelva la caja de bombones. Ni más ni menos.

Lane pegó un salto y quedó de pie, rígido de estupor.

—¿Los bombones? —tartamudeó—. ¿Qué diablos...?

—Usted se llevó una caja de bombones, además de los quinientos y pico de dólares. Le permito quedarse con el dinero, pero va a devolverme la caja... Supongo que no la ha abierto todavía, ¿no es verdad?

—¿Cómo puede saberlo?

—Porque de lo contrario su actitud ahora sería muy distinta. Permítame hacerle notar que no está usted en situación de discutir

mis órdenes. Las obedecerá sin dilaciones o su cuello no valdrá un centavo.

—No entiendo una maldita palabra...

—¡Basta ya! ¿Dónde está la caja?

—Pero si no me llevé...

—¿Giles?

Aquella voz parecía distinta. Era cortante como el filo de una navaja.

Estaba pensando en ese cambio cuando el golpe le pilló de sorpresa, arrojándolo fuera del butacón.

Rebotó en el suelo, aturdido y con llamaradas de dolor en el cráneo, provocadas por el terrible culatazo.

Fue como si todas las heridas se abrieran nuevamente, a lo vivo, sin anestesia. Creyó que la metralla penetraba en aquellos instantes dentro de su cabeza, como lo había hecho meses atrás...

—¿Giles?

Y aquella voz...

Otro golpe demoledor cuando intentaba levantarse le abatió. Sólo que Giles se pasó de rosca y en lugar de torturarlo con sus golpes le dejó inconsciente.

El «patrón» refunfuñó contra su matón a sueldo. Luego, ordenó que trajeran un cubo de agua. No estaba, dispuesto a perder más tiempo.

CAPÍTULO V

Le habían sentado de nuevo en la butaca. El agua escurría por su cuello adentrándose bajo la camisa. De los cabellos empapados se deslizaban riachuelos de agua que serpenteaban sobre su piel produciéndole escalofríos.

—Y bien, Lane. ¿Ha decidido entrar en razón?

Su cabeza se bamboleó. El dolor espantoso dentro de la cabeza martilleaba con tal fuerza que le repercutía a lo largo de la nuca expandiéndose por sus miembros.

—La caja de bombones, Lane. No siga negando o mis hombres le convertirán en una piltrafa. ¿Dónde está?

—No puedo entender eso... ¿qué contiene esa caja?

—Para usted, es como si su contenido fuera un cartucho de dinamita pronta a estallar. Vamos, no quiera que le hagan más daño. ¿Dónde la tiene? Sé que la policía no encontró ninguna caja de bombones en su hotel. Tampoco saben una palabra de que usted se la hubiera llevado de la farmacia.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Los dependientes me lo confesaron... ¿No es curioso?

Levantó la cabeza, sorprendido. Pero ese simple movimiento le arrancó un largo gemido, provocado por el dolor de la nuca.

Y de repente pensó en Ta sha, y en que la caja estaba en poder de la muchacha. Y si no contenía bombones...

—La tiré —dijo de repente.

—No mienta, Lane. Otra negativa suya a decir la verdad y dejaré que Giles le haga pedazos. ¿Dónde la escondió? Empiezo a creer que, realmente, la abrió después de todo...

—¡Maldito sea usted, bastardo! No la abrí... ¿qué contiene? Eso es lo que quiero saber...

—Sólo yo hago preguntas aquí. ¿He de ordenar a Giles que siga ocupándose de usted?

Miró de reojo al salvaje matón, en cuya mano derecha se balanceaba un corto rompecabezas. Más atrás, contemplándole indiferente, los otros dos pistoleros semejaban estatuas de piedra.

—Está bien —jadeó, levantándose—. Se lo diré...

Al ponerse de pie una descarga insoportable pareció precipitarse desde su cerebro al resto del cuerpo, tras extenderse por el interior del cráneo. Fue un dolor lacerante, terrible, como producido por un hierro al rojo introducido de golpe dentro de la cabeza.

Creyó volverse loco y sintió deseos de gritar. Todo su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Alguien rió... Giles, seguro... estaban burlándose de él, torturándole... a él, precisamente a él... que podía abatirlos sin necesidad de arma alguna...

Locos...

—Bueno, Lane, abrevie. ¿Dónde?

—Está... en lugar seguro...

—¿Por qué la escondió tan bien, es que conoce su contenido?

—Seguro... la abrí...

Una maldición sorda brotó de los labios del «patrón». Luego ordenó:

—Llévalo fuera y que os guíe al escondite. Quiero esa caja esta misma noche.

—¿Y luego, cuando la tengamos?

—Sólo me interesa la caja.

—Okey, entendido.

El también entendió. Vio a los otros dos ponerse en movimiento, dispuestos a escoltarle hasta el coche. Giles seguía sosteniendo su rompecabezas y parecía desilusionado ante el giro que tomaban los acontecimientos.

Y entonces, aquella bruma roja que flotaba en torno a su cerebro se rompió, rasgándose en mil pedazos, estallando en llamaradas de dolor y empujándole no sabía a dónde, sólo instigándole... igual que aquella noche mortal, allá, en las selvas.

Saltó hacia adelante. Su brazo izquierdo giró como un molinete, con la mano extendida y rígida. El canto de la mano se incrustó en el cuello de Giles antes de que éste pudiera advertir lo que sucedía. Fue un impacto seco, brutal, y la cabeza del pistolero cayó hacia

atrás igual que si fuera a desprenderse del tronco. Sin un gemido, el hombre se desplomó con el cuello roto.

Oyó un rugido de ira. Giró sobre sus pies, encorvado, los brazos separados del cuerpo, un poco adelantados, las manos tensas y rígidas.

El gordinflón estaba sacando en aquel momento un revólver. Le aplicó un golpe en la muñeca y el tipo aulló, contemplando su inutilizada mano sin dar crédito a lo que veía. Antes que saliera de su estupor, otro terrible latigazo de aquella mano estalló sobre su oreja y para él todo terminó entre un estallido de luces rojas. Después, esquirlas de hueso se incrustaron en su cerebro como proyectiles, matándole en el acto.

Aullando como una bestia salvaje, se revolvió buscando al otro pistolero, a Broek. Lo descubrió casi a sus espaldas, con una automática en la mano, aterrado por aquellos aullidos y la visión de sus compinches abatidos.

Lane saltó sobre él. La pistola rugió su cántico mortal, pero la bala pasó alta. Los dos cuerpos chocaron, rodando por el suelo enzarzados en un combate que sólo podía tener un vencedor.

La voz del «patrón» gritó:

—¡Mátalo, Broek, mátalo!

En un instante, Lane recordó sus enseñanzas, las prácticas a que había sido sometido... «vivió» otra vez aquellos asaltos a las posiciones enemigas en completo silencio, matando sin armas, apoderándose de posiciones sin el menor ruido.

Encajó dos soberbios puñetazos que le arrojaron a un lado. Broek, enloquecido de furor, se revolvió como una serpiente. Entonces, su cara chocó con algo que al pistolero se le antojó el filo de una espada. Sintió el espantoso golpe sobre el labio superior, bajo la nariz. Y supo que los huesos se astillaban y que su cara se hundía con el impacto y comenzó a chillar escupiendo sangre, dientes y esquirlas de hueso.

Y huyó.

Aquella no era la clase de lucha que acepta un pistolero. Huyó, lanzándose a través de la ventana, llevándose los cristales por delante, y con el estrépito de cristales se perdió su aullido de aterrorizado dolor.

Lane trató de levantarse pesadamente para enfrentarse con el

hombre de la mesa. Pero al mirar hacia ella comprendió que el «patrón» no se había quedado para ver el final de la lucha. Lane Meres estaba solo en el lujoso despacho.

Tambaleándose, fue a sentarse en el sillón que había ocupado el jefe de aquella pandilla. Jadeaba y los dolores de su cabeza explotaban como fuegos artificiales, cegándole...

Escuchó el motor de un coche al ponerse en marcha.

Luego, el vehículo se alejó velozmente y todo quedó en silencio.

Aturdido, hundió la cara entre las manos. Entonces pensó en Tasha, en la caja de bombones y su siniestro contenido, fuere el que fuese, y se levantó apoyándose en la mesa.

En el suelo, los cadáveres de los dos pistoleros eran mudo testimonio de que las enseñanzas que recibiera antes de ser lanzado tras las líneas enemigas, en Vietnam, todavía seguían vigentes en sus duros músculos.

Abandonó el despacho con pasos vacilantes. Fuera, el «Sedán» azul claro continuaba donde lo dejaran al llegar. El «patrón» debía haberse marchado en su propio auto.

Sentóse ante el volante. Las llaves estaban en el contacto, de manera que puso el motor en marcha, y estaba empezando a moverse cuando alguien disparó contra el coche. Uno de los cristales saltó bajo el impacto. Hubo otro estampido y un agujero rodeado de estrías se abrió en el parabrisas, obligándole a agachar la cabeza instintivamente.

Apretó el acelerador y encendió los faros al dar la vuelta a la explanada y enfilar el morro del coche hacia el camino de salida. Entonces vio a Broek de pie en medio de su camino, empuñando su pistola, el rostro convertido en una máscara de sangre.

Dos estampidos más casi simultáneos dieron fe de que el pistolero seguía empeñado en ganarse el sueldo hasta el final. Lane, chirriando los dientes, agachó la cabeza sobre el volante y hundió el acelerador hasta abajo.

El motor rugió y el coche dio un salto hacia adelante, a una velocidad endiablada. Resonó un chillido bestial. Luego, el auto golpeó una masa Manda y ya no se oyeron más disparos.

Lane levantó la cabeza. Lo hizo a tiempo porque el auto enfilaba la cuneta, que pudo salvar por pulgadas.

Cuando llegó a la carretera redujo la marcha para no llamar la

atención de los patrulleros, si los había por las cercanías. No obstante, una acuciante impaciencia le impulsaba a correr... a volar más bien para llegar junto a Ta sha cuanto antes.

Abandonó el coche en Brooklyn, anduvo apresuradamente y siguió el viaje en el «metro».

CAPÍTULO VI

Ella abrió la puerta y el estupor la dejó inmóvil por unos segundos. Luego, apartose a un lado y murmuró:

—Entra, Lane... Tienes un aspecto horrible.

—Mi estado es peor que mi aspecto.

Entró con pasos torpes. Después, se volvió para mirar a la mujer que lo había sido todo para él.

Era de estatura mediana, bien proporcionada y con un rostro exótico como su nombre, de ojos rasgados y grandes, negros como la noche. Pómulos pronunciados, nariz respingona y boca de suave trazado, roja y fresca en apariencia, pero capaz de arder como una llamarada en cada beso...

—¿Qué te ha sucedido, Lane? —susurró, acercándose a él.

—No importa eso...

—Sí importa. Te han golpeado, ¿no es cierto? Pareces un cadáver. Estás pálido, y los ojos te brillan como si tuvieras fiebre.

—Ta sha...

—¿No has podido pagarte la borrachera habitual acaso?

—Por favor...

—Contesta, Lane...

Vio un brillo de lágrimas en los profundos ojos. También la voz tembló. Sintió deseos de estrecharla entre sus brazos y jurar sobre la Biblia que jamás volvería a embriagarse a cambio de su amor.

En lugar de eso balbuceó:

—Los bombones, Ta sha... la caja de bombones...

—¿Qué pasa con ella?

—¿La has abierto?

—No, todavía no... En realidad, me enfurecí al oírte por teléfono. No me sentí con ánimo suficiente para saborear tu

obsequio...

Lane no pudo contener un suspiro de alivio.

—Dámela.

—¿Eso es todo lo que te ha traído aquí?

—¡Por favor, Ta sha, dame esa maldita caja!

—¿Estás seguro que no tienes nada más que decirme?

Se contuvo con un esfuerzo. Miró a su alrededor en busca del envoltorio pero no pudo verlo por ninguna parte.

Ella se volvió, tomó un periódico que estaba sobre el diván y lo desplegó ante él. Su fotografía aparecía bajo los grandes titulares.

—¿No tienes nada que explicarme, Lane?

—Entiendo... debí suponer que los habrías leído.

—Todo Nueva York debe haberlos leído a estas horas, incluyéndote a ti. ¿Por qué no te has presentado a la policía? Necesitan tu declaración.

—Tú no sabes...

—Lane...

—No pierdas más tiempo, Ta sha... esa caja...

—¡Oh, Dios, olvídate de los bombones ahora! Por lo que escriben los reporteros, dan la sensación de que la policía cree que tienes algo que ver con ese suceso... Lane dime que están equivocados... necesito oírte decir, ¿no comprendes? No hago más que pensar y pensar, no he podido acostarme porque...

—Es inútil, Ta sha —dijo él con voz sorda—. Yo cometí ese atraco.

El periódico escapó de las manos de la muchacha, Una mirada de horror asomó a sus pupilas, que se clavaron en el hombre como dos dardos.

—¡Lane, tú!

—Cálmate. Yo no maté a nadie. Sólo atraqué a aquellos dos desgraciados... los mataron después... Y ahora, ¿quieres traer esa condenada caja de una vez?

Ella retrocedió con el rostro crispado.

—Te dije que acabarías mal, Lane... pero realmente, siempre tuve la esperanza de que volvieses a mí... estaba segura que reaccionarías, y ahora, cuando...

—¡No los maté! ¿Es tan difícil de comprender eso?

—Pero no te has presentado a la policía, dejándoles que crean

que te escondes...

—¡Maldición! ¿Por qué quieres que me echen la zarpa? Nunca creerían mi historia... es descabellada... y yo soy incapaz de pensar con claridad. La cabeza va a estallarme en cualquier momento y tú sigues ahí pronunciando discursos...

Sollozando, la joven salió de la estancia casi corriendo para que él no pudiera verle las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Minutos después regresó. Traía la caja de bombones libre del envoltorio con que la había recibido, pero todavía atada con la cinta encarnada y el gran lazo.

—Tómala si es tan importante para ti.

Se la arrebató de las manos, rompió la cinta frenéticamente y, acercándose a la mesa, arrancó la tapa y vació el contenido con una brusca sacudida.

Una catarata de bombones de chocolate rodaron por encima de la mesa. Algunos cayeron al suelo, pero no se ocupó de ellos. Estaba paralizado por el estupor. No sabía qué había esperado ver aparecer, pero desde luego, no creía que fuesen bombones a juzgar por el interés del «patrón» por apoderarse de la caja.

—¿Y ahora qué? —Oyó que le reprochaba ella.

—No tiene sentido... no es posible...

—¿Te has vuelto loco, Lane? Tu actitud es intolerable.

—Debe haber algo escondido en la caja, Ta sha... Iban a matarme sólo por eso.

—¿De qué estás hablando?

Sin replicar, rasgó la tapa, los costados y el fondo. No apareció nada más que el simple cartón de que estaba fabricada.

—Es absurdo... debía estar aquí...

—¿Qué debía estar en la caja, Lane? Empiezo a creer que el alcohol te ha destrozado mucho más rápidamente de lo que imaginaba.

—No digas simplezas. El bastardo quería esta caja... en la farmacia estaba preparada para ser retirada en cualquier momento... adornada con la cinta roja.

—Desvarías. No entiendo nada de lo que dices.

—Quizá... ¡Eso es..., estúpido de mí! Los bombones... está en los bombones o en ninguna parte.

Tomó uno de los chokolatines. Aparentemente no tenía nada

anormal. Era igual a todos los bombones semejantes.

No obstante, Lane hizo presión con los dedos y lo aplastó... en parte. Algo resistió la presión, algo duro y al parecer provisto de aristas.

—¡Ya está... ya lo tengo!

Sacó el pañuelo y se limpió los dedos. Luego procedió a limpiar aquello que sostenía, en alto, frotándolo con energía.

Intrigada al fin, la muchacha se había acercado a él.

Ella vio el hermoso diamante al mismo tiempo que Lane cuando éste retiró el pañuelo.

—¡Dios santo, Lane! —jadeó—. ¡Un brillante!

—Ahora empiezo a comprender el interés del «patrón»... Y debe haber más.

Repentinamente, a Ta sha le entraron unas prisas enormes por colaborar con él. Corrió a la cocina y regresó con unos trapos, de manera que los dos se aplicaron a desmenuzar bombones con frenesí.

Las exclamaciones de la muchacha se elevaban a cada nuevo descubrimiento. Y se sucedían en continua frecuencia por cuanto cada bombón ocultaba un diamante.

Cuando terminaron, tenían treinta y seis pedruscos lanzando destellos sobre la mesa.

—Es increíble —susurró la joven.

—Deben valer una fortuna, Ta sha... montones de dinero.

—Pero no comprendo nada... ¿De dónde sacaste esos bombones?

—De la farmacia.

—¿La que robaste?

—Ni más ni menos. Fue como un juego... tenía ganas de reír, ¿entiendes? Pensé que sería divertido llevarme una caja de bombones junto con el dinero... lo hice y aquí está el resultado.

—Lane...

—¿Sí?

—¿Qué sucedió en realidad?

—Si tú crees que soy capaz de asesinar a dos mozos indefensos, querida, mejor es que terminemos esto de una vez.

—¡No sé qué creer! ¿No quieres comprenderlo? Necesito saberlo todo, conocer tu versión de lo sucedido... ¡Dios santo! Deseo tanto

creer en ti, pensar que todavía puedes salvarte...

El suspiró. Nunca podría comprender a las mujeres.

—Está bien, te lo contaré. Siéntate aquí, a mi lado.

Tras instalarse en el diván, Lane empezó:

—La otra noche estaba borracho cuando me echaron ele un bar. Me había quedado sin un centavo y no podía pagarme ni un trago más. Entonces, como si fuera algo divertido, se me ocurrió...

Ella le escuchaba conteniendo el aliento, mirándole, recordando al hombre que él había sido antes de hundirse en aquella absurda guerra...

El mismo Lane se dio cuenta, a medida que desgranaba su relato, de cuán absurdo sonaba, contado así, de manera desapasionada y sincera. La policía jamás le creería.

Al terminar, ella susurró:

—Pero los dos mozos murieron, Lane... y tú dices que la pistola que llevabas era de juguete. ¿Cómo pudo suceder entonces?

—Espera que piense un poco... alguno de ellos me disparó cuando huía, de eso estoy seguro. Y esta noche, el «patrón» ha confesado que los mismos dependientes le dijeron que el atracador se había llevado también los bombones. Sí, eso debió desencadenar su furia y los mató a causa de su fallo. O mandó matarlos, igual como ha ordenado a sus gorilas que me liquidasen a mí una vez recobrado lo que tanto buscaba...

—Sigue. ¿Qué ha pasado esta noche?

Al llegar aquí, Lane titubeó. No era lo mismo confesar un atraco, armado de una pistola de juguete, que relatar la manera cómo había matado a tres hombres, por muy pistoleros que fueran.

Así que optó por dejar la pregunta sin respuesta y dijo:

—Me gustaría saber qué podemos hacer con esos diamantes, Ta sha. Deben proceder de contrabando... O quizá se trata de joyas robadas y desmontadas luego para hacer más difícil su identificación.

—Ya pensaremos algo, Lane... Lo principal es ocuparnos de tu situación ahora.

—¿Ocuparnos?

Ella le miró largamente. Poco a poco, sus ojos recobraron su hermoso brillo habitual, las lágrimas se secaron y pudo al fin sonreír con ternura.

—No puedo permitir que vayas dando tumbos por la ciudad, igual que un perro vagabundo. Te acorralarían antes de darte cuenta, y entonces no tendrías ninguna oportunidad.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. Sólo una tonta como yo puede creer cuanto me has contado, pero no encontrarías a nadie tan crédulo, y menos todavía los policías.

—Ta sha, yo... Bien, creo que nunca debí dejar de hacerte caso.

—Ésa es una gran verdad —siguió la muchacha, sonriendo todavía.

El alargó las manos y la sujetó por los codos, aproximándola a su pecho suavemente. Cuando estuvieron muy juntos susurró:

—¿Crees que todo podría volver a ser como antes?

—Quizá...

—¿No estás segura?

—No estoy segura de ti, querido...

—Repítelo, ¿quieres?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro. Lane inclinó la suya y sus labios se encontraron. Fue un choque largamente esperado que les convirtió en seres pletóricos de vida, libres de todo lastre en un mundo de ensueño en el cual sólo existían ellos dos.

CAPÍTULO VII

Como de costumbre, el teniente Harry Labor, a las ocho de la mañana, era un hombre muy poco sociable. Y aquélla era una mañana como las demás, de manera que cuando el sargento entró en su oficina para entregarle los últimos informes referentes al asalto de la farmacia, recibió un seco gruñido por todo agradecimiento.

Pero el sargento necesitaba algo más contundente para amilanarse.

—Observará usted que la farmacia pertenece a la Cadena Lindad.

Otro gruñido algo más suave fue la respuesta.

—Como verá usted en el informe, la farmacia vuelve a estar abierta con otros dependientes.

—Todo esto no importa. ¿Qué hay del casquillo encontrado en la acera?

El sargento enarcó las cejas.

—Creí que había leído esos detalles anoche —dijo—. Corresponde a una automática calibre «38», probablemente «Colt» a juzgar por la profundidad del punto del percutor. Además, el percutor del arma está descentrado... golpea desplazándose hacia la izquierda.

—¿Eso es todo?

—No puede esperar que un simple casquillo le cuente toda la historia del que lo ha disparado.

—A veces sí. Se da el caso de que suelen contener huellas.

—Éste no, teniente.

—Mala suerte.

—Lo que es seguro es que no pertenece a la misma arma que

sirvió para matar a los dos dependientes.

—No obstante, no tenemos noticias de que fuera empleada otra para el asesinato... los proyectiles extraídos de los cadáveres salieron del mismo revólver... es un detalle curioso.

Encendió un cigarrillo. Hizo una mueca al tragar el humo. Luego gruñó:

—Sigue sin aclararse el asunto de los disparos que algunos vecinos dicen haber escuchado antes de que fueran asesinados los empleados. Es un atraco incomprensible.

—Cuando echemos el guante a ese tipo Meres estará aclarado sin duda alguna. El hecho de que no se haya presentado le señala como culpable.

El teniente repitió la misma mueca de disgusto, pero esta vez no fue provocada por el humo.

—No estoy yo tan seguro. Recuerde que se nos ha informado que es un beodo empedernido. Puede estar durmiendo una borrachera descomunal en cualquier rincón.

El sargento no pareció compartir ese punto de vista, pero se abstuvo de manifestarlo. Observó que el teniente se enfrascaba en la lectura del extenso informe, murmuró una despedida y abandonó la oficina.

Labor estudió los datos contenidos en el pliego. Luego lo apartó a un lado. Sus hombres habían hecho un buen trabajo identificando en pocas horas la personalidad del hombre que había bebido por última vez en el mostrador de soda, antes del crimen. Cabía presumir que había sido el último puesto que sus huellas estaban en el vaso y éste todavía continuaba sobre el mostrador cuando la policía llegara al local.

Muy bien, un perfecto trabajo de rutina. Averiguar la identidad había sido fácil. Y saber el hotel en que se alojaba... Luego, las cosas se habían estropeado cuando los reporteros de sucesos consiguieron meter las narices en el caso. Los berre antes periódicos debían haber puesto sobre aviso al ex-soldado...

Pero no habían hecho más preguntas en el hospital, una vez enterados del domicilio del sospechoso. Inconvenientes del trabajo de rutina.

Se levantó, advirtió de su marcha al sargento y, tomando un coche, se dirigió al hospital del ejército en el que Lane Meres había

estado internado.

Pronto advirtió que tampoco haciendo más preguntas iba a conseguir nada de interés. Los médicos que se habían ocupado de Meres coincidían en describirlo como a un hombre desplazado, lleno de amargura, atormentado por los recuerdos del infierno que había soportado, introvertido y esquivo.

Todo esto ya lo sabía el teniente, así que, impaciente, cortó la catarata de términos médicos que le estaban endosando y preguntó:

—¿No trabó amistad con nadie aquí, en el hospital, mientras estuvo en observación?

—No era el carácter adecuado para hacer amistades fáciles.

—Eso no me dice nada. Meres es un hombre como los demás, dejando aparte sus malos recuerdos. Observo que tienen aquí enfermeras muy atractivas... este... ¿quizá se interesó particularmente por alguna?

—¿De dónde ha sacado semejante idea?

El director del hospital le miraba casi escandalizado. Labor suspiró resignadamente.

—Mire, un policía no puede dejarse impresionar por las apariencias. Yo no insinúo que hubo algo deshonesto entre un enfermo y su enfermera. Sólo pregunto si alguien notó cierta familiaridad, eso es todo. Por otra parte, no me importa lo que pudo hacer Meres con todas sus enfermeras, doctor. Es algo que queda fuera de mis pesquisas.

—Es usted bastante rudo, teniente.

—Eso se debe a lo temprano de la hora. ¿Y bien?

—Esa pregunta será mejor que la formule a la encargada del personal femenino... Aguarde.

Pulsó un botón de un intercomunicador. Luego ordenó:

—Busquen a la señorita Watt. La necesito en mi despacho con urgencia.

La efectividad de la organización del hospital se demostró con la celeridad con que la jefa de enfermeras llegó a la oficina.

Era una mujer de unos cuarenta años, de aspecto hombruno y eficiente. Escuchó la pregunta con rostro impasible. Luego comentó:

—Me preguntaba cuándo alguien haría esas averiguaciones...

Labor se enderezó en el asiento.

—¿Quiere decir que Meres intimó con alguna de las enfermeras?

—Con una llamada Alice Morgan, según mi modesta opinión. Se les veía juntos con mucha frecuencia, incluso fuera del turno de servicio de la Morgan.

—¿Dónde está ahora esa chica?

—Aquí. Es su turno.

—Mándela aquí, por favor.

La rígida señorita Watt salió, satisfecha a pesar de su actitud ausente.

El policía gruñó:

—No me gustaría estar enfermo y que me cuidase esa pájara, doctor.

—¿Pájara?

—¿Eh? Oh, bueno, esa eficiente amazona.

El médico no pudo ocultar una sonrisa.

Cuando la puerta volvió a abrirse, la muchacha que apareció en el umbral era un regalo para los ojos. No pasaría de los veinticinco años, era alta y el uniforme blanco no lograba velar la pletórica gracia de su cuerpo. Tenía un rostro armonioso en el que destacaban los ojos inteligentes y vivos.

El policía fue directo al grano.

—Se nos ha dicho que, mientras duró la estancia en el hospital de Lane Meres, usted trabó cierta amistad con él. ¿Es cierto?

Ella miró al director con un poco de embarazo, pero respondió sin titubeos:

—Sí —dijo.

—Supongo que sabe usted que le buscamos a causa de cierto asalto...

—He leído los periódicos.

Labor notó la fría reserva en que ella se amparaba.

—Muy bien —gruñó—. Quizá usted piense que debe mostrarse leal a su enfermo y no ayudamos a encontrarlo, pero déjeme decirle que eso sería una solemne tontería. ¿Comprende?

—No hay nada de eso, señor. Si Lane Meres cometió esos dos crímenes debe ser juzgado. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Bien... pienso que quizá le hizo alguna confidencia durante sus charlas. Tal vez le habló de sus proyectos, de algún lugar al que le gustaría ir...

—No recuerdo que me dijera nada de eso. Era un muchacho

atormentado por una experiencia inhumana, brutal y que le había dejado un profundo poso de amargura. Yo sólo intenté hacerle más agradable las horas que pasó aquí mediante conversaciones intrascendentes.

—Ya veo... Después de verla a usted estoy seguro que lo conseguí. Veamos, ¿sabe si tiene, o tenía novia? Tal vez vino alguna mujer a visitarle...

Ella sacudió la cabeza.

—Nunca vino a verlo porque él no la avisó...

—De modo que existía.

—Sí. Pero él se consideraba una ruina de hombre y nunca quiso que la muchacha supiera que estaba internado aquí. No obstante, él estaba profundamente enamorado de ella.

—Su nombre...

—Todo lo que sé es que se llamaba Ta sha. Era diseñadora de modas.

—Pero él debió avisarla cuando le dieron de alta... ¿sabe si lo hizo, si le mandó una nota o...?

La enfermera estaba negando con enérgicos movimientos de cabeza antes que él terminase de hablar.

—No lo hizo —aseguró—. Cuando se despidió de mí le aconsejé que fuera al encuentro de la mujer que amaba y rehiciera así su vida. Él se negó. Antes de eso que Tía reponerse, para presentarse a ella tal como debía recordarle, no pálido y débil, con más aspecto de cadáver que de otra cosa.

—Comprendo. ¿No hay forma de averiguar dónde vive esa mujer?

—Por lo menos, yo no puedo ayudarle. El nunca mencionó ese detalle:

Resignadamente, Labor la dejó marchar tras hacerla un par de preguntas más. No obstante, al quedar a solas con el médico comentó:

—¿Se da usted cuenta? Ya tengo un importante dato que desconocía. Sólo es cuestión de encontrar a esa diseñadora... Y a propósito de ese trabajo... ¿Me permite usar su teléfono?

—Por supuesto.

Llamó al sargento. Tras un carraspeo soltó rápidamente:

—Hay una mujer llamada Ta sha. Es diseñadora de modas. Trate

de encontrarla en las editoras de revistas de figurines y cosas así. Si falla por ese lado, investigue en el sindicato de la alta costura, o entre los dibujantes. Es importante averiguar dónde vive. ¿Entendido?

—Perfectamente, teniente. ¿Regresará usted a la oficina?

—Seguro.

—Bien, le mantendré informado. De todos modos, por si no le veo hasta la tarde, creo que debe saber que uno de nuestros confidentes acaba de decirnos algo interesante referente a uno de los nuevos dependientes de la farmacia atracada.

—¿Qué es ello?

—El nuevo empleado se llama Joe Duque. Es un sujeto con un prontuario más largo que el puente de Washington. He consultado nuestros archivos y ha sido detenido dos veces por posesión de narcóticos. Procesado por tráfico de lo mismo. Fue condenado a tres años. Hace ocho o nueve meses que está en libertad.

—Está bien, me ocuparé de eso más tarde. Encuéntreme usted a esa mujer, sargento.

Colgó. Minutos después descendía la escalinata del hospital, cejijunto y con rostro preocupado.

CAPÍTULO VIII

Nervioso, Lane se acercó una vez más a la ventana y miró a la calle, quince pisos más abajo.

—Voy a largarme de aquí, Ta sha —refunfuñó—. Me siento como un animal enjaulado. Además, no quiero comprometerte más. Ya has hecho demasiado por mí.

—No lo hago por ti, sino por el hombre que amo.

—No comprendo cómo pude ser tan estúpido... Ahora me doy cuenta de cuánto te quiero... pero he debido estar a punto de perderte para comprenderlo.

Ella acudió a su lado y le rodeó el cuello con sus brazos de suave piel.

—Mi corazón no me engañó —musitó—. Me decía que volverías a mí a no tardar, y has vuelto. Todo lo demás carece de importancia. Se arreglará y podremos vivir nuestra felicidad sin sombras ni temores.

—No confío en la policía, pequeña. Ellos me creen culpable, de manera que se dedican a buscarme, olvidando al verdadero asesino y dándole tiempo a poner tierra de por medio.

—¿Sigues creyendo que es el mismo hombre que te capturó, ése a quien llamas el «patrón»?

—Cuanto más pienso en él más seguro estoy. Me dijo que sabía lo de la caja de bombones por los mismos dependientes, ¿no es cierto? Bueno, ¿cuándo pudieron decírselo, y cuánto tiempo transcurrió desde mi huida hasta su muerte?

—No obstante, insisto en que ese informe debe llegar a manos de la policía. Eso les hará ocuparse de ese aspecto del caso, ¿no crees?

—No si están convencidos de que el único culpable soy yo.

Además, presiento que aquel tipo es alguien importante, y por lo tanto, influyente. ¿Cómo puedo acusarlo sin más pruebas que unas palabras que nadie puede atestiguar?

Ella lo comprendía, únicamente que temía dejar que Lane se fuera.

—Tienes una facilidad terrible para meterte en líos, querido. ¿Por qué no aguardas un poco a ver cómo se desarrollan los acontecimientos?

—No puedo perder más tiempo. He de ir a esa casa y averiguar quién es su dueño. Entonces sabré a quién he de buscar, ¿entiendes? No hay riesgo alguno en eso.

—A menos que estén esperándote.

—No lo creo. Pero te aseguro que no iré allí a cuerpo descubierto. No se enterarán de que me aproximo.

Ella no insistió porque se dio cuenta que no conseguiría hacerle desistir de sus propósitos. Todo lo que hizo fue apretar su abrazo y dejar que sus labios se hundieran en un beso profundo, inacabable, que la elevó hasta un infinito de ensueño.

Justo entonces, alguien golpeó la puerta con energía.

Lane pegó un respingo. Ella, más serena, musitó:

—Aguarda en el dormitorio, Lane... Yo despacharé a ese visitante inoportuno.

El retrocedió, quedándose tras la puerta de la habitación dejándola sin cerrar del todo para poder escuchar a través de la abertura.

Ta sha abrió la puerta resueltamente. Se encontró ante un hombre de unos treinta y cinco años, de aventajada estatura, anchos hombros y ojos vivos. Parecía cansado, por lo que le tomó por un vendedor domiciliario, aunque no llevaba portafolios en la mano.

—¿Puedo entrar? —espetó el visitante—. Soy el teniente Labor.

Ella titubeó, luchando por dominar el nerviosismo.

—Pase —dijo al fin—. ¿Policía?

—Teniente. Del Precinto 27.

La muchacha cerró la puerta. Se sintió examinada exhaustivamente por la penetrante mirada del oficial.

—¿Sabe? —comentó él—. Nos ha costado mucho dar con usted.

—No comprendo...

—No tiene necesidad de fingir, se lo aseguro. Sé que Lane Meres

es su novio. Usted debe haber leído los periódicos con toda seguridad.

—¿Y qué?

—Bien, sabe ya que buscamos a su novio para que responda a una serie de preguntas sobre un atraco seguido de homicidio doble... Él no se ha presentado a la policía, lo cual es más que sospechoso.

—¿Esperaba usted que lo hiciera realmente?

Labor parpadeó. Le gustó la decisión de aquella hermosa joven. Comprendió que defendía su amor contra todo y contra todos, sin importarle el riesgo.

—Sí —dijo—. Si no tiene nada que ocultar no veo por qué no debía haberlo hecho.

—Comprendo. Usted piensa que está escondido aquí.

—Poco más o menos. O tal vez no esté aquí, pero usted sí conoce el lugar en que se oculta. Después de verla y escucharla estoy seguro de eso.

—¿Qué se lo hace creer?

—Su decisión. La firmeza con que me mira...

—No está aquí, pero puede registrar el apartamento si quiere. No voy a exigirle un mandato judicial para hacerlo.

El policía pareció titubear. Sus ojos no se apartaban del rostro de la muchacha. Había una expresión indecisa en ellos, no exenta de admiración.

Ta sha resistió el escrutinio, pero con una creciente debilidad en sus piernas producida por la tensión. Su bravata podía dar resultado o podía no darlo. Era apostar todo a una carta.

El gruñó:

—Usted conoce su escondrijo. Deseo hacerle comprender el riesgo que corre, en caso de que Lane Meres sea procesado. ¿Se da cuenta?

—Perfectamente.

—Usted será acusada de complicidad.

—Correré ese riesgo, teniente.

Labor sacudió la cabeza.

—Es una lástima, porque usted sabe dónde está Meres.

—Aunque lo supiera, no creo que usted piense seriamente que se lo dijese, ¿verdad?

—No... sinceramente, tengo la impresión de que usted no lo revelaría bajo ninguna presión. Sólo dígame una cosa, muchacha, ¿ha estado él aquí, después del atraco?

—Sí.

Labor sonrió a regañadientes.

—Puede que todo sea un farol, pero la creo. Está usted jugando con fuego, pero que el diablo me lleve si no la admiro contra mi voluntad.

—Gracias, teniente. Es usted un policía un poco raro, ¿no cree?

—Quizá. Tengo mis propias ideas respecto a cómo debe llevarse a cabo una investigación. Todo se reduce a formular las preguntas exactas y desentrañar las respuestas, por falsas que sean. A propósito... Cuando vea nuevamente a su amor, díglele que si es inocente comete una solemne estupidez al permanecer oculto. Eso es todo.

Giró, dirigiéndose a la puerta. Ta sha no podía creer en su buena estrella Corrió tras el policía y lo alcanzó antes que pudiera girar el tirador.

—¿Qué ha querido decir con eso de «si es inocente»?

—Justamente lo que he dicho.

—¿Usted... usted sería capaz de creer que él no mató a los dos empleados?

El policía la miró arrugando el entrecejo.

—Tendría que formularle algunas preguntas...

—¿Y después?

—Todo dependería de sus respuestas. Hasta ahora, todo le acusa.

—Están ustedes predispuestos a inculparlo. Es muy fácil hacerlo...

—No lo sería tanto si él acudiera a declarar.

Ella calló. Por primera vez, no parecía tan dueña de sí misma como hasta entonces.

Finalmente murmuró:

—Se lo diré cuando le vea.

—Hágalo. Es la última oportunidad que se le presenta de salir bien librado del lío en que está metido.

Labor abrió la puerta sin más comentarios. Luego salió y Ta sha quedóse inmóvil, mirando la cerrada puerta y pensando en las

últimas palabras del policía.

Cuando volvió atrás se encontró con Lane, que la miraba con aprobación.

—Has estado magnífica, querida... Por unos instantes he creído que ese polizonte te cogería la palabra, registrando el apartamento.

—¿Lo has escuchado todo, Lane?

—Sin perderme una sílaba.

—¿Y qué opinas? Quizá ese oficial esté en lo cierto y sea mejor para ti presentarte.

—Tonterías. Me encerrarían sin escucharme siquiera. Montarían el caso basándose en toda una colección de pruebas circunstanciales y me vería hundido hasta el cuello en una acusación de doble asesinato. No, amor; ya conozco su manera de trabajar.

—No obstante, me parece que ese teniente era sincero al hablar así.

—¿De veras? —Lane hizo una mueca de despecho—. ¿No te has preguntado por qué se ha dejado convencer tan fácilmente de que estabas sola? Apuesto que no ha creído una palabra de tu historia.

—De ser así hubiese registrado el apartamento.

—Tal vez, pero si piensa que estoy armado y parapetado, debe saber también que él solo no podría sacarme de mi escondrijo. Su intención es montar una estrecha vigilancia de este piso, con la esperanza de pescarme si estoy aquí, o de cazarme siguiéndote a ti cuando vayas a darme el encargo del polizonte. Es un tipo que conoce lo que se lleva entre manos.

—No puedo creerlo...

—Es fácil de comprobarlo, linda. Sólo tienes que salir a la calle y alejarte de este edificio andando apresuradamente como si tuvieses mucha prisa. Luego puedes meterte en un cine. Verás cómo alguien te sigue los pasos, y en el cine se coloca lo bastante cerca de ti para poder descubrir si es en la oscuridad donde te reúnes conmigo.

La incertidumbre comenzó a hacer presa en la muchacha, que no replicó en más de un minuto.

Al fin murmuró:

—¿Lo crees realmente, o sólo tratas de apartarme de tu camino?

—Estoy convencido de lo que digo, querida... Por otra parte, ya es de noche. Sólo tienes que salir y hacer lo que te digo.

—Lo haré porque sé que estás decidido a salir de aquí. No creas

que puedes engañarme.

—¿De qué estás hablando?

—Si hay un vigilante en algún punto de la calle, tú supones que saldrá detrás de mí convencido de que voy a reunirme contigo. Entre tanto, te dejará el camino despejado. ¿No es eso lo que tramabas?

—Supongamos que sea así... es la mejor manera de evitar que te veas involucrada en esto.

—Tú ganas, Lane... pero insisto que es una estupidez no recurrir a la policía. Alguien te escucharía...

Él le cerró la boca con un cálido beso. Al separarse, Ta sha le miró por última vez antes de salir, y, tomando el bolso, abandonó el apartamento sin murmurar siquiera una despedida.

Lane corrió a la ventana. A pesar de la distancia y de la oscuridad reinante, vio salir a Ta sha con su andar cimbreado. La siguió con la mirada, apenas una sombra.

Y otra sombra de hombre se despegó de la pared de enfrente, tomando la misma dirección que la muchacha.

Entonces abandonó el apartamento, seguro de que ya nadie le pisaría los talones.

CAPÍTULO XI

Se movió igual que una sombra, con la mirada clavada en la casa. Había luz en una ventana y todo estaba tranquilo y silencioso.

Llegó a la casa y se agazapó bajo el rectángulo de luz. Entonces descubrió que aquélla era la misma ventana que el pistolero había roto la noche anterior al lanzarse a través de ella. Adoptó más precauciones para no pisar los cristales que pudiera haber todavía en el suelo.

Poco a poco, se irguió hasta poder atisbar el interior. Todo estaba igual que lo recordaba, excepto que en el suelo no había la menor señal de los dos cadáveres que dejara allí al huir. Debían haberlos hecho desaparecer discretamente.

Esperó durante unos minutos para ver si alguien aparecía por el despacho, pero no pudo oír el menor sonido ni ver nada que delatase una presencia humana en la casa. No obstante, aquella luz encendida era un freno a sus impacientes deseos de colarse al interior.

Fue alejándose de la ventana, rodeando la edificación. Todo el resto de ventanas estaban a oscuras, incluso las de la parte posterior.

Sin embargo, fue allí donde descubrió los signos de actividad, procedentes de un pabellón algo separado de la casa. Primero fue un rumor de voces, después, el centelleo de una linterna eléctrica.

Escuchó conteniendo el aliento. Algo metálico chocó con una piedra. Hubo otros rumores extraños que le atraieron con la fuerza de un imán.

Al acercarse al pabellón vio que se trataba de un garaje capaz para varios coches. Las puertas estaban cerradas, pero había un ventanuco a través de cuyo cristal asomaba un leve resplandor. Era

también por allí por donde había distinguido antes el centelleo luminoso.

Empinándose sobre las puntas de los pies pudo contemplar el interior. La luz procedía de una linterna eléctrica enfocada directamente al suelo, donde un hombre con el torso desnudo cavaba un gran agujero.

Tanto éste como el que sostenía la luz eran unos perfectos desconocidos para él. Se dio cuenta que habían roto un gran trozo del cemento que pavimentaba el suelo y que a un lado tenían varios sacos y todo lo necesario para amasar cemento nuevo, una vez terminasen con sus manejos.

Fue al mover aquel hombre la luz que distinguió los tres cuerpos, amontonados en un rincón. Entonces todo quedó suficientemente claro y estuvo a punto de soltar una exclamación.

Lo que cavaban era una fosa para enterrar secretamente a los tres pistoleros muertos la noche anterior. Después de hacerlo, extenderían una capa de cemento y todo quedaría disimulado...

Se le antojó que se tomaban muchas molestias, pero luego comprendió que con aquel sistema los cuerpos jamás serían encontrados, de manera que nadie pudiera relacionarlos con el «patrón».

Seguro que ya nada le quedaba por ver allí, y también convencido que en la casa no habría nadie mientras aquellos dos individuos estuvieran dedicados a su urgente tarea, retrocedió en la oscuridad, penetrando al despacho a través de la ventana rota.

Se acercó a la mesa y dedicó los siguientes minutos a revisar los cajones. No pudo encontrar nada que le revelase la identidad del propietario.

Luego abrió un armario de caoba adosado a un rincón. Dentro vio un portafolios de excelente calidad y lo abrió.

Contenía toda una colección de hojas de contabilidad pobladas de números, cifras y liquidaciones. Todas aquellas hojas llevaban un membrete idéntico en cuanto al nombre, pero distinto en las señas.

El nombre era:

Cadena Lidad.

Se lanzó a examinarlos uno a uno hasta que encontró el que su corazonada le había sugerido. El correspondiente a la farmacia asaltada por él.

Lo que le intrigó fue una columna de cifras a la derecha de cada hoja, separada del resto de los números por un grueso trazo de tinta. No parecía tener relación alguna con el resto de las anotaciones correspondientes a la liquidación semanal de cada establecimiento.

Volvió a guardar los papeles en el portafolios, y tras cerrar el armario salió del despacho llevándose la cartera con los documentos.

Anduvo precavidamente hasta el cruce con la carretera, donde había dejado el auto de Ta sha al venir. Lo puso en marcha y emprendió el regreso al centro, satisfecho de los resultados de su incursión.

* * *

El teniente Labor descolgó el teléfono y gruñó un seco:

—¡Hable!

La voz que llegó a su oído era clara, pero nerviosa.

—Aquí el detective Evans, teniente.

—Muy bien, Evans, le escucho.

—La chica acaba de regresar a su apartamento. Yo creo que me ha estado tomando el pelo, ¿comprende? Todo lo que ha hecho ha sido andar apresuradamente, como si tuviera mucha prisa por llegar a alguna parte. Pero todas sus prisas se han extinguido ante la taquilla del cine «Palafito», donde ha entrado... y hasta ahora.

—¿Está seguro que nadie se ha puesto en contacto con ella dentro del cine?

—Absolutamente, señor. Me he colocado dos filas detrás de la chica, a su misma altura. Casi podía oírla respirar. No, teniente; nadie se le ha acercado ni ella ha hecho ningún intento para hablar con nadie.

—¿Le ha dado la sensación de que sabía que la seguían?

—En ningún momento... No creo que lo supiera. ¿Debo seguir vigilando el apartamento?

—Sin descuidarlo un segundo. Le mandaré un relevo tan pronto pueda disponer de un muchacho libre.

—Perfectamente, señor.

Colgó. Sintió tentaciones de volver al apartamento de Ta sha y

propinarle una azotaina. Se había burlado de él... hasta cierto punto. Debió haber dejado dos detectives en lugar de uno, ése había sido su fallo.

No podía negarse que era una gran mujer.

Entonces entró el sargento y dejó de pensar en la muchacha. Sin preámbulos, el recién llegado informó:

—El tipo trabaja con la «Cadena Lindad» desde dos o tres semanas después de haber sido puesto en libertad.

—¿Se refiere a Joe Duque?

—¿A quién sino?

—Me pregunto cómo habrá podido obtener ese empleo... un tipo con sus antecedentes... Es raro que la dirección de ese negocio le haya dado el trabajo, sabiendo que debería manejar el dinero de la caja...

—Quizá no saben la clase de pajarraco que han cobijado.

—Deben saberlo. Una cadena de locales como ésa no proporciona trabajo a nadie sin informarse primero.

—¿Quiere que vaya a la farmacia, sólo para ponerle un poco de santo temor en el cuerpo? Tal vez así pueda sacarle algo interesante.

—No, sargento. No interesa alborotar a nadie... todavía. De momento ocúpese de conseguir un informe completo sobre la cadena Lindad. Ya sabe lo que deseo... todos los datos que sean posibles, tanto financieros como morales, costumbres, familia, relaciones sociales, tren de vida, lujos...

—Pondré manos a la obra. Pero será preciso dedicar un par de muchachos más a esa tarea o sería interminable.

—De acuerdo, hágalo.

—Y ahora, teniente, ¿hay alguna novedad respecto a Meres?

—Ninguna. Excepto quizá que la chica se ha burlado de nosotros... ofreciéndose como señuelo.

—De manera que está complicada...

—Habrá que probarlo. Está enamorada, ¿entiende?

Perdidamente enamorada. Sería una historia enternecedora para ofrecerle al jurado. Un abogado medianamente listo, haría maravillas con ella a costa del fiscal.

—Ya veo...

Abandonó el despacho con expresión preocupada, dejando al

teniente Labor ensimismado y con una leve sonrisa en sus duros labios.

Era ya avanzada la noche cuando Labor tomó el coche y se trasladó a las inmediaciones del domicilio de Ta sha, donde se encontró con el detective apostado en la oscuridad.

—¿Nada nuevo?

—En absoluto, teniente. Hace aproximadamente quince minutos que ha apagado la luz.

—¿Ha tomado nota de todos los hombres que han entrado y salido del edificio?

—Y les he pedido la documentación para estar seguro. Ese individuo no se ha presentado.

—¿Desde dónde me ha telefoneado usted, Evans?

—Hay un bar al doblar esa esquina...

—De manera que durante su conversación conmigo no ha podido ver la entrada de la casa.

—Naturalmente que no, pero han sido apenas unos minutos.

—Los suficientes para que nuestro amigo haya llegado con toda tranquilidad. Voy a subir. Siga usted controlando el movimiento de la casa, ¿entendido?

—Seguro, señor. Pero no creo que una chica como ésa le reciba amistosamente a estas horas, después de haberse acostado.

—Ya sé... la gente no nos quiere demasiado, ¿eh, Evans?

Sonriendo, atravesó la calle, sacó una llave facilitada por la administración del edificio, y entró. Unos minutos después llamaba suavemente a la puerta de la hermosa Ta sha.

Hubo de repetir la llamada distintas veces antes que una línea de luz se filtrase por debajo de la puerta. Después, la voz de la joven preguntó quién estaba ahí.

—Teniente Labor. ¿Se acuerda de mí?

—¡Otra vez usted!

—Abra. No es necesario que todo el mundo se entere de lo que hablamos...

Una vez más, ella le franqueó la entrada mirándole con ojos como llamas.

—Imagino que tendrá usted un buen motivo para importunar a estas horas, teniente.

Cerró silenciosamente. Ambos quedaron mirándose en una

suerte de mudo desafío, hasta que el policía dijo:

—Vístase, muchacha. Tendrá que acompañarme al Precinto.

—¿Para qué?

—Va a ser interrogada formalmente. Todo depende de lo dispuesta que esté usted a colaborar.

La recorrió con la mirada. Ta sha se había echado sobre los hombros un salto de cama que era un poema de encajes. Bajo esa prenda fina como una tela de araña llevaba un pijama de seda azul que estilizaba más si cabe su delicada figura.

—Si espera que yo colabore en la captura de Lane Meres, está usted rematadamente loco, polizonte.

—Acabará cediendo. O de lo contrario, la retendré entre rejas tanto tiempo que le saldrán cabellos blancos.

—Eso es una solemne bravata. No puede retenerme sin más pruebas que las que posee... suponiendo que posea una sola prueba.

—Eso lo decidirá el juez. Vamos, vístase. Ya le he dado demasiadas facilidades para tomarnos el pelo.

—¿Que yo...?

Se interrumpió. Labor la empujó suavemente hacia la puerta semicerrada del dormitorio.

—Dese prisa —ordenó—. Ya he perdido demasiado tiempo esta noche.

—Más va a perder todavía si insiste en su absurda pretensión.

—Insisto, linda... Lamento tener que ser yo quien la lleve a conocer el lado desagradable de la Ley...

Ella se encogió de hombros resignadamente. Luego se dirigió resueltamente hacia aquella puerta, pero antes que pudiera llegar a ella se abrió del todo y Lane Meres entró en la salita.

—No se la llevará usted, polizonte —gruñó con voz temblorosa—. Ella no tiene nada que ver con esto. La obligué a darme cobijo.

Labor sonrió. Ta sha emitió un grito de consternada alarma y se arrojó en brazos de Lane.

—¡Loco, loco! ¡No debiste salir... no hubieran podido hacerme ningún daño...!

—Prefiero no correr el riesgo.

Labor, tranquilo, preguntó:

—¿He de entender que se entrega usted, Meres?

—Efectivamente. Pero no moleste a Ta sha, polizonte... para

nada. ¿Entiende?

Asintió con un gesto. Ella sollozaba muy quedo. Lane la miró con ternura y tras esto fue a sentarse al diván.

—¿Es preciso que nos vayamos inmediatamente? Preferiría poder referirle la historia antes de salir de aquí.

—Sería una pérdida de tiempo. Declarará en el Precinto y sus manifestaciones serán tomadas por un estenógrafo. Así podrá firmar la declaración y evitar repeticiones.

—No obstante, insisto en que me escuche.

Labor avanzó unos pasos hasta colocarse ante el hombre.

—Debe darse cuenta que no está usted en situación de exigir nada. Sólo dígame si tiene alguna arma sobre su persona, y sea sincero en esto. Podría agravar su situación mintiendo.

—No tengo armas. No he tocado un arma desde que caí herido, en Vietnam.

Labor escrutó su rostro con frialdad.

—Levántese.

Lo hizo. En unos segundos se hubo convencido de que era cierto que estaba desarmado.

—Bien, ahora vámonos...

—Creo que me he precipitado al entregarme... Usted no está dispuesto a creer una sola de mis palabras.

—Usted se ha entregado para evitar que la muchacha ocupase su puesto en el Precinto, que a fin de cuentas es lo que yo había calculado que haría, si estaba aquí. De manera que no me salga con lamentos ahora.

Lane rechinó los dientes. Había sido una burda trampa y había caído en ella como un estúpido. Durante un instante pareció dispuesto a golpear al policía, incluso éste tensó los músculos dispuesto a luchar si le obligaba Pero luego relajó la tensión y murmuró:

—Muy bien, le acompañaré.

Ta sha le abrazó una vez más antes de separarse. Después, la puerta se cerró y le pareció quedar inmensamente sola en un mundo hostil poblado de enemigos...

CAPÍTULO X

Llevaban sólo unos minutos de marcha cuando el teniente Labor arrimó el auto a la acera y apagó el motor. Sorprendido, Lane miró la desierta calle viendo que no había trazas de Precinto alguno por las cercanías.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —indagó.

—Usted quería que le escuchase antes de llegar al Precinto. Muy bien, hable.

—¿Qué clase de tipo es usted? Antes se ha negado a escuchar una palabra, y ahora detiene el coche a mitad de camino sólo para que pueda contarle lo que sé...

—Su amiguita me pone nervioso. Y me desconcierta además. No quería que ella estuviera presente cuando usted me contase su historia. Bien, veamos qué tiene que decir.

Desconcertado, Lane se recostó en el asiento y clavó la mirada en el parabrisas, sin ver siquiera lo que había más allá. Entonces comenzó a hablar con voz sin emoción, pero reviviendo en su interior cada instante, de aquella fatídica noche. Ni una sola vez fue interrumpido por el policía, que no abrió la boca hasta que hubo terminado el relato.

—¿Está seguro que dispararon contra usted? —preguntó.

—Las balas zumbaron cerca de mí. Además, alguna de ellas rebotó en la pared, junto a la esquina. Debe quedar la señal del impacto.

—Encontré la pistola de plástico en su cuarto del hotel... pero esto no tiene sentido. ¿Quién mató a los dependientes?

—Lindad.

El policía pegó un respingo y gruñó una maldición cuando se golpeó la rodilla en alguna parte.

—¿Qué ha dicho? —exclamó.

—Esa historia no concluye aquí, teniente. Cuando ya tenía el dinero en mi poder se me ocurrió llevarme una caja de bombones...

—¿Una qué...?

Estupefacto, Labor giró en el asiento para asegurarse que Lane no estaba burlándose de él.

—Una caja de bombones —repitió—. Elegí una que estaba envuelta y atada con una cinta roja. Pensé que era un encargo preparado para un cliente. Bueno, esa caja es lo que ha hecho estallar el asunto...

Be nuevo, Labor escuchó pacientemente, pero mucho más tenso que al principio. Dejó escapar algunos gruñidos de asombro en algunos pasajes de la historia, y al final exclamó:

—Empiezo a creer que se metió usted de cabeza en un avispero... si todo esto es cierto.

—Le he contado sólo la verdad.

—Eso dice usted. ¿Dónde están esos diamantes?

—En casa de Ta sha.

—¡Maldito sea usted. Meres! Ahora tendremos que volver allá...

Puso el motor en marcha y maniobró para dar la vuelta en medio de la calle. Entretanto, Lane añadió:

—Lindad quería los diamantes y estaba dispuesto a matarme una vez obtenido lo que buscaba... Ustedes deben tener noticias de que se vale de pistoleros para sus negocios.

—Nunca hemos tenido nada contra ese hombre. Tampoco la presencia de esos pistoleros de que habla usted me suena a algo conocido en el ambiente de Lindad. Pero si me convenzo de que él está detrás de esos diamantes ocultos en los bombones... Bien, tendrá que explicar muchas cosas.

—Entonces, ¿me cree usted?

—En parte solamente. Le confieso que hay pasajes de su historia que suenan a fábula.

—Ya imaginaba que reaccionaría usted así... En fin, por lo menos me ha escuchado.

Labor maniobró para estacionar el auto y ambos hombres anduvieron por la acera hasta la entrada de la casa. El policía se sorprendió un poco al encontrar la puerta de la calle abierta.

—Juraría que la he cerrado al salir —rezongó.

Recordó que había dado vuelta a la llave mientras hablaba con el detective Evans, ordenándole que se retirase puesto que ya no tenía objeto vigilar aquel apartamento...

Entraron y el elevador les dejó en el rellano. Fue al acercarse a la puerta que Lane dejó escapar una exclamación de alarma al distinguir la puerta del apartamento abierta, a pesar de estar la luz apagada.

De un salto estuvo en el interior. Con dedos frenéticos accionó el interruptor y la luz les reveló un completo desorden en el *hall*.

—¡Ta sha! —gritó, ahogándose.

No obtuvo respuesta. Se lanzó como un loco al interior, buscando a la muchacha, pero sin poder hallar el menor rastro de ella. Lo único evidente, aparte de la desaparición de la muchacha, era que alguien había registrado apresuradamente todo lo que halló a su paso.

—¡Se lo han llevado! —gimió.

—Cálmese, quizá ha huido.

—Ni usted mismo cree esa tontería. Han registrado todo esto y se la han llevado al no encontrar los diamantes.

—¿Cómo sabe que no los han encontrado?

Lane le miró, desesperado por lo sucedido con Ta sha. Por toda respuesta, enderezó una silla, que colocó encima de la mesa. La lámpara del techo colgaba al final de una varilla de metal, y el extremo opuesto de la varilla estaba rematado por una especie de plato que ocultaba el garfio del que colgaba todo el conjunto. Lane introdujo la mano encima de aquel platillo y la retiró con un pequeño envoltorio de tela.

—Era un buen escondite —dijo, saltando al suelo.

Labor desenvolvió la tela y parpadeó al contemplar la pequeña fortuna en brillantes que tenía en la mano. Emitió un tenue silbido de asombro.

—Apuesto que valen más de ciento cincuenta mil dólares —murmuró reverentemente.

—¡Está bien, está bien! Ocupémonos de ella ahora...

—No conseguirá nada estrellándose de cabeza contra las paredes. La encontraremos.

—Pueden haberla llevado a la casa de Long Is land. Es un buen escondite si creen que yo no puedo localizarla.

—Tal vez... pero tengo una idea que debe ser puesta en práctica inmediatamente.

Se dirigió al teléfono. Antes que llegara a él Lane exclamó:

—¡La cartera!

—¿Qué cartera?

—La que me llevé de la casa llena de papeles de contabilidad. Se la han llevado también...

—Un momento. ¿Qué había en esos papeles?

—Eran hojas de liquidación de los establecimientos de Lindad. Y había una columna de cifras en cada una de ellas que resultaba curiosa... no parecía tener relación con el resto de las anotaciones.

—¿Ha examinado usted las cantidades a fondo?

—No, solamente por encima. Pero esa columna de cifras me ha llamado la atención por lo elevado de su importe total, muy superior al de la aparente liquidación del negocio.

—Ya veo...

—No me diga que ve usted un significado en eso, teniente.

—Creo que sí.

Descolgó el teléfono, y cuando consiguió comunicar con el sargento le ordenó:

—Reúna usted a todos los hombres de que pueda disponer, sargento. Luego confeccione una lista de todos los establecimientos de la cadena Lindad. Los encontrará en la guía telefónica. Bien, cuando tenga la relación quiero que mande a uno de los muchachos a cada tienda «simultáneamente», ¿comprendido? Y a la misma hora, al segundo, a fin de que no tengan oportunidad de dar la alarma entre ellos.

—¿Una especie de redada, teniente?

—Ajá, sólo que se limitarán a apoderarse de todas las cajas de bombones llenas que encuentren en los establecimientos.

—¡Qué! ¿Bombones?

—Eso he dicho. Pongan especial cuidado en las que vean atadas como si estuvieran a punto de ser entregadas a un cliente. Tal vez estén atadas y adornadas con una cinta roja. El color puede ser una contraseña. ¿Alguna duda?

—Eso va a levantar un escándalo, teniente. Será preciso proveernos de mandamientos judiciales y...

—¡Nada de pérdidas de tiempo! Yo asumo toda la

responsabilidad. Si no tiene suficientes detectives para caer sobre todas las tiendas a un tiempo, pida agentes de uniforme, o patrulleros. Pero tiene que ser simultánea la presencia de la policía en todos los establecimientos de la cadena, ¿entendido?

—Sí, señor.

Colgó. Pequeñas gotas de sudor se deslizaban por su frente.

—Si estoy equivocado ya puedo empezar a pensar en la renuncia —refunfuñó.

—¿Por qué no ha dado órdenes de buscar a Ta sha? —le recriminó Lane, furioso—. Ella es más importante que todo ese montón de diamantes, aunque para usted sea un caso de rutina.

—No se traía de rutina. Realmente, muchacho, es posible que sea el asunto más importante de mi carrera... Vámonos.

—¿A dónde? No piense que puede llevarme de un lado a otro como a un muñeco. Si me detiene, dígallo. De lo contrario quiero saber a qué atenerme.

—¿Por qué esa actitud?

Lane le miró, desafiante.

—Porque —dijo—, si no busca usted a Ta sha lo haré yo.

—No sea tonto, Meres... Vamos a ver esa casa de Long Island en primer lugar.

Cuando estaban corriendo en el coche del policía, Meres indagó:

—¿Cree usted realmente que encontrarán más diamantes en las otras tiendas de Lindad?

—Si la cosa resulta como yo imagino, encontraremos algo más importante... O diamantes, quién sabe. Aunque estoy por afirmar que ese truco de las joyas era accidental en el negocio de Lindad, o quien sea que maneje los hilos de la trama.

—¿Por qué accidental? Ciento cincuenta mil dólares no son de despreciar ni para un tipo acaudalado.

—Pero no pueden venderse diamantes de continuo, a un precio aceptable. Ésa es una mercancía que sólo puede colocarse esporádicamente... sobre todo si proceden de joyas robadas y desmontadas.

—Entonces, no comprendo a qué obedece su redada en las tiendas, si no espera encontrar más diamantes.

El teniente esbozó una mueca.

—Sólo estoy atando cabos. ¿Por qué una cadena comercial de

cierta importancia da empleo en un mostrador, donde debe manejar la caja registradora, a un delincuente convicto de traficar con narcóticos?

—Narcóticos... ¡Drogas! ¿Pretenden insinuar que...?

—Ni más ni menos. Tenemos noticias de un gran incremento en la distribución de estupefacientes últimamente. Los muchachos del F. B. I, están rompiéndose los sesos buscando una pista. ¿No sería estupendo que fuera yo quien diera al traste con la organización?

—Comprendo. Quiere todos los laureles.

—No se engañe. Los laureles no significan nada para mí, pero los posibles ascensos, con el consiguiente aumento de paga, sí me tientan... y ésa es una excelente oportunidad para conseguir ambas cosas...

—Por lo visto, la suerte de Ta sha no le preocupa mucho al parecer.

—Se engaña. Estoy angustiado ante la idea de que le haya sucedido algo... irreparable. Aprecio a esa muchacha. ¿Sabe usted, Meres? Si ella estuviera libre, creo que podría enamorarme como un cadete.

—Déjese de chistes. ¿No puede hacer correr más este trasto?

—Sí, claro, pero tanto usted como yo debemos llegar enteros a destino... o no le serviremos de mucho a la chica. Guíeme ahora, apenas conozco esa carretera.

Lane suspiró, recostándose en el asiento. La angustia le dificultaba hasta la respiración, pero dio las indicaciones precisas para que el policía pudiera encontrar el camino de la lujosa propiedad de Lindad sin mayores dificultades.

CAPÍTULO XI

—No parece que haya mucho movimiento —susurró el teniente, agazapado en el jardín.

—Hay más gente que la última vez que estuve aquí... Mire esos dos coches. Y las luces de las ventanas...

—¿Sabe si acostumbran a apostar vigilantes en el jardín?

—Es posible, si Ta sha está aquí.

—Entonces adoptaremos más precauciones. Creo que es mejor que se quede usted atrás hasta ver en qué termina todo esto...

—Teniente...

—¿Sí?

—¿De veras confía usted en mí?

—¿Por qué no? A mi juicio no es más que un infeliz que quiso sentirse héroe.

Una mueca amarga surgió en los labios del ex soldado.

—Sea como sea —musitó—, gracias. Voy con usted.

—Ni lo sueñe. Está sin armas y no sabe con qué vamos a tropezamos. Por otra parte...

—No necesito armas para vencer a esos bastardos.

Sin aguardar ningún comentario más, Lane se tumbó en el suelo y comenzó a avanzar en absoluto silencio. Era como una larga sombra deslizándose sin rozar el suelo.

Asombrado, Labor intentó imitarle y en cuanto lo intentó las ramitas secas y la grava chirriaron escandalosamente bajo su cuerpo. No podía comprender cómo Lane avanzaba tan rápidamente y sin producir el menor roce...

Siguió al ex comando procurando hacer el menor ruido posible, pero incluso así se dio cuenta que era un neófito en esa clase de actuaciones.

Lane se detuvo a pocos pasos de la casa, detrás de un arbusto. El policía se reunió con él y susurró:

—¿Cómo demonios lo consigue? Ni un roce, ni el menor rumor...

—Si no calla le oirán hasta las piedras. Escuche.

—Voces... pero no puedo entender nada de lo que hablan.

—No necesita entenderlo. Una de esas voces es la del «patrón», o sea, la de Lindad.

—Debemos averiguar cuántos hombres hay ahí dentro.

—Aguarde aquí. Atisbaré por la ventana.

—Oiga, no pretenderá que le deje hacer mi trabajo...

—Usted es un polizonte con unos pies de elefante. ¿Olvida que a nosotros nos entrenaron durante seis meses para esa clase de sorpresas?

Labor no replicó, entre otras razones porque el joven se había apartado de él y reptaba hacia la ventana silenciosamente. Le vio llegar bajo la luz, detenerse, y luego levantar la cabeza poco a poco hasta poder atisbar el interior.

Labor sacó su revólver de reglamento de la sobaquera y aguardó.

Pero todo se desarrolló a tal velocidad que escapó a su control.

Primero fue un grito de mujer, un alarido de dolor, y miedo que vibró en el aire como un clarín, extinguiéndose abruptamente.

Pero todavía vibraba aquel grito cuando Labor vio a Lane Meres saltar contra la ventana igual que una bala de cañón y desaparecer dentro del cuarto iluminado entre un formidable estruendo de cristales hechos polvo.

El policía pegó un salto y corrió también hacia la ventana con el revólver listo para hacer fuego. Antes que llegara a ella resonó el primer tiro, ahogando los gritos que se habían producido dentro de la habitación al entrar Lane tan espectacularmente.

Labor asomó la cabeza. Lo que vio le quedó grabado en la mente como estampado allí con un hierro al rojo. Fue una impresión que no olvidaría jamás, porque sus ojos captaron la escena con precisión fotográfica.

Había un hombre a medio levantarse de una butaca, un tipo distinguido, cuyos ojos se desorbitaron al ver al intruso.

En el suelo, medio arrodillada, medio caída, Ta sha apenas si podía sostenerse. Tenía las muñecas atadas a la espalda. De sus

manos se deslizaban finos regueros de sangre.

Un hombre corpulento se enfrentaba a Lane Meres. Un hombre que le pasaba casi toda la cabeza a pesar de la alta estatura del muchacho. Para colmo, el hombrón enarbolaba un largo y fino estilete apuntado al estómago de Meres.

También vio a otros dos hombres corpulentos a un lado, tan estupefactos que no acertaban a encontrar el arma que ambos buscaban en sus bolsillos.

Y entonces sucedió, y Labor quedó sin aliento.

El que había disparado primero era el tipo elegante a medio incorporar, pero no volvió a apretar el gatillo porque el gigantesco individuo del cuchillo se interpuso en su línea de tiro. Labor vio el estilete buscar el estómago de Lane Meres en un movimiento centelleante, Y de repente, sin que el policía pudiera darse cuenta de cómo sucedía, el hombre del cuchillo pareció quedar paralizado cuando la mano de Lane cayó como un mazo sobre su costado. Inmediatamente, sin tregua, un hachazo de la mano izquierda del muchacho se abatió contra el puente de la nariz de aquel gigante.

Y el hombrón cayó con un alarido agónico, mientras su cara estallaba en sangre, hundida, aplastada salvajemente, con una fuerza semejante a la de un balazo. Estaba muerto mucho antes de tocar el suelo.

Fue una pesadilla que duró apenas unos segundos, un espectáculo infernal que el policía jamás pudo asimilar por completo. Estaba saltando por la ventana cuando Lane Meres brincó retorciéndose en el aire, y cayó sobre otro de los pistoleros, cura automática retumbó cuando rodaba por el suelo bajo el impacto de aquel cuerpo convertido en una máquina de matar.

Ambos se revolvieron un par de veces. Luego, los brazos de Meres se movieron como serpientes, se pusieron rígidos y sus manos entraron en contacto con el cuello de su adversario. Sonó un chasquido y el cuerpo del pistolero se contrajo como un arco, para relajarse después y quedar inerte, inmóvil, mientras su mano se abría y la pistola se deslizaba de sus dedos muertos.

El teniente Labor dejó escapar un gemido. Aquello era superior a cuanto había visto nunca. Pero entonces descubrió al tercer pistolero que se disponía a disparar contra Lane por la espalda. Labor levantó el revólver y el estampido coincidió con otro y la

estancia quedó a oscuras.

—¡Cuidado, Meres... cójalo! —aulló el policía, acabando de penetrar en la habitación.

El pistolero a quien acababa de herir gemía de manera intermitente, pero no se preocupó por él. Había visto, antes que se apagaran las luces, cómo el individuo elegante disparaba contra la lámpara aprovechando la oscuridad para escapar.

Corrió como un loco hacia donde creía recordar que estaba la puerta. Tropezó y cayó cuan largo era, pero se levantó como si hubiera rebotado. Le costó algunos segundos localizar la puerta, y cuando se lanzó por ella se encontró en el laberinto de una enorme casa desconocida. El teniente dejó escapar una sonora maldición y prosiguió la ciega persecución.

En la oscuridad del coarto, Lane se deslizó por el suelo hasta tropezar con la muchacha.

—Ta sha —susurró, abrazándola.

—¡Lane, oh, Lane... ha sido horrible...!

—Ya pasó. No tienes nada que temer. Espera que te libre de esas cuerdas...

Sus dedos se mancharon con la sangre de la mujer, que seguía brotando de los finos cortes con que habían tratado de obligarla a hablar.

Después, la ayudó a levantarse llevándola en brazos hasta el diván, donde la depositó como si fuera una cosa muy frágil.

—Lane...

—No hables.

—Te he visto... me has dado miedo, Lane... esos hombres...

—Han tenido lo que se merecían.

—Pero tú... parecías un loco...

—Estaba loco en aquellos instantes, es cierto... he visto que te torturaban... tenías sangre en las muñecas y he enloquecido.

—Están muertos, ¿verdad?

—Sí.

—Tú los has matado... con las manos.

—Sí, pero olvídale.

—Jamás podré olvidarlo, Lane. ¿Qué han hecho de ti, querido?

—Olvídale —repitió él con los dientes apretados—. Eso fue lo que nos enseñaron, convirtiéndonos en máquinas de matar antes de

lanzarnos tras las líneas enemigas. Pero eso quedó atrás, en el pozo del tiempo...

—¿Podrás olvidarlo tú?

—Creo que no... pero es distinto.

—Te ayudaré, Lane. Te ayudaré a olvidar.

Le abrazó en la oscuridad y ambos se fundieron en un beso desesperado con el cual luchaban por encontrarse a sí mismos, sin terrores y sin recuerdos trágicos.

CAPÍTULO XII

Instantes después, la voz alterada del policía les sacó de su éxtasis. Resonó en la oscuridad impaciente, apremiante:

—¡Meres! ¿Está usted aquí?

Lane soltó a la muchacha y se incorporó.

—Seguro —dijo—. ¿Ha escapado?

—Había un coche en la parte trasera. Creí que buscaría uno de los que hemos visto al llegar, y mientras lo buscaba ha huido. Mala suerte. ¿Y el herido?

—Debe haber muerto, porque no se mueve... Necesitamos luz.

—Sí... ¿Cómo está la chica?

—Bien, excepto unos cortes que le han hecho con la navaja... Había una lámpara de pie cerca de la mesa... si funciona estamos de suerte.

Funcionó. Su cono de luz barrió la oscuridad. Labor contempló el espeluznante espectáculo y se estremeció. Inclínándose sobre el pistolero al que hiriera de un disparo, comprobó que todavía alentaba, aunque había perdido el conocimiento.

—Este vive todavía. Nos servirá —refunfuñó, levantándose y mirando con una suerte de sentimiento inexplicable al hombre que, durante los tremendos instantes de la lucha, se había convertido en algo monstruoso, inhumano. Y de repente ordenó—: Enséñeme sus manos.

—¿Qué?

—¡Sus malditas manos, Meres! Quiero verlas...

Lane alargó las manos, y el teniente, estupefacto, las apretó en las suyas. No pudo contener una exclamación de estupor. El borde era tan duro como la roca, igual que si todo él estuviera formado por un sólido callo.

—¿Qué... qué... diablos es esto Meres? —balbuceó.

—Entrenamiento especial... basado en el Karate.

—Ya veo... Jamás hubiera creído que...

—Basta.

—¿Cómo?

—No quiero hablar de eso. No quiero recordarlo, ni volver a vivir jamás unos instantes como los pasados. ¿No puede usted comprenderlo?

Labor le miró y el hielo de aquellos ojos le produjo estremecimientos.

—Sí —murmuró—. Creo que lo comprendo.

Giró sobre sus talones y se dirigió al teléfono. Instantes después, la orden de persecución y captura de Lindad era dada y la gigantesca y pesada maquinaria de la Ley se ponía en marcha en todo el Estado primero y en el resto del país después.

El teniente pidió también algunos hombres y una ambulancia. Tras esto, colgó, preocupado.

—Lo cazarán —gruñó—. No podrá ir lejos. Entretanto, registraremos esto.

—La cartera de que le hablé es ésa —dijo Lane.

Labor la abrió y dio un vistazo a los documentos.

—Lo que imaginaba... La contabilidad real de los negocios, con los ingresos normales y lícitos... más el producto de una distribución regular, en gran escala, y que produce centenares de miles de dólares a la semana, entre todas las tiendas. Creo que me he ganado el ascenso, muchacho...

Desde el diván, Lane Meres se desentendió del policía y concentró toda su atención en la muchacha. Su mirada expresaba toda la ternura de que era capaz.

Ella le sonrió, todavía tensa por los pasados acontecimientos. Realmente, el amor podía aislarlos del mundo que les rodeaba con tanta efectividad como si tendiera un telón de acero a su alrededor.

Como si hablara consigo mismo, Labor refunfuñó:

—Una maquinación genial... Una cadena de tiendas perfectamente lícitas y normales, y en ellas la más efectiva distribución de narcóticos y joyas robadas que haya existido nunca. Y todo ello amparado por la aparente honradez de un hombre como Lindad, ciudadano ejemplar y amante del orden... Realmente, me

hizo usted un gran favor al atracar la farmacia, Meres.

—¿Qué decía usted, teniente?

—¿Qué? Oh, creo que estaba pensando en voz alta. Pero es cierto que fue una buena inspiración atracar aquella condenada farmacia, muchacho.

—Por lo cual, usted me detendrá a pesar de todo.

—Bueno, realmente, ése es mi deber. Un atraco es un atraco, compéndalo, aunque sea realizado con una pistola de juguete.

—No podía hacer daño con ella.

—Pero puede hacerlo con sus malditas manos desnudas. Es como para pensar en eso...

Realmente, ninguno de ellos tuvo la oportunidad de seguir pensando en aquella estremecedora idea, por cuanto una voz dura y amenazadora ordenó desde la puerta:

—¡Las manos arriba, y no se muevan!

El teniente se revolvió como una centella, sólo para encontrarse ante el cañón de un revólver que le apuntaba sin vacilaciones. Detrás del revólver, Lindad, pálido como un cadáver, les miraba con ojos inyectados de sangre.

—No pensaban ustedes que me atreviese a regresar, ¿eh? —masculó el hombre—. Pero no podía huir sin dinero... y lo tengo aquí. Siempre he tenido en cuenta esa posibilidad... Usted, polizonte, saque su revólver y tírelo a un rincón. Y no crea que podrá sorprenderme.

Rechinando los dientes de impotente ira, Labor obedeció. Su arma rebotó contra el suelo, al otro extremo de la habitación. Sólo entonces el propietario de la casa avanzó deslizándose de lado hacia un cuadro que representaba una mujer en actitud de plegaria.

—Venga aquí —ordenó de nuevo.

Labor acudió y el hombre señaló el cuadro.

—Deslínделo a un lado... así.

Apareció la sólida puerta de una caja fuerte empotrada.

—Y ahora, ¿qué? —refunfuñó Labor.

—No quiero descuidar la vigilancia ni un segundo. Usted la abrirá. Yo iré dictándole las cifras de la combinación... Primero el seis, a la izquierda.

El teniente fue siguiendo las instrucciones y al fin abrió la gruesa puertecilla.

—Retroceda ahora, vacíe esa cartera y déjela a mis pies, con sumo cuidado porque le mataré a la menor señal agresiva por su parte.

Mientras hacía lo que le ordenaban, Labor preguntó con voz alterada:

—¿Cree que podrá escapar usted, Lindad?

—Estoy seguro. Soy un hombre que lo tiene todo previsto.

—Mis hombres le cazarán.

—Tardarán más de quince minutos todavía en llegar aquí. Y después, un avión privado me llevará fuera del país.

—Ya veo...

—¡Rápido, esa cartera!

Labor calculó las distancias, pensando en las posibilidades que tenía de sorprender al asesino arrojándole la cartera. Se dio cuenta inmediatamente que sólo conseguiría que le matara, por lo que desistió de su idea y depositó la cartera en el suelo, junto a Lindad.

—Ahora, vaya al diván a reunirse con la pareja de silenciosos amantes...

También obedeció, con todos los diablos del infierno revolviéndose en su interior.

—Creo que no va a vivir usted lo bastante para gozar del ascenso, teniente —dijo Lane.

Éste le miró. Miró luego a Lindad.

—Ya he pensado en eso —reconoció, muy pálido.

El dueño de la casa no les perdía de vista ni un segundo, mientras su mano izquierda tanteaba el interior de la caja, sacando fajos y más fajos de billetes, que dejaba caer dentro de la cartera. Toda una fortuna estaba siendo depositada en ella para facilitar la huida del asesino.

No se detuvo en esa tarea hasta que ya no cabían más billetes. Entonces sonrió como un chagal.

—Su clarividente amigo tiene razón, polizone —dijo—. Voy a matarle... lo mismo que a ellos. Ustedes lo han arruinado todo. Un trabajo que me ha costado diez años llevar a cabo, diez años de invertir dinero, hasta tener una cadena que me rendía doscientos mil a la semana con las drogas y las joyas... y todo echado a perder por un entrometido...

—¡No se complique más la situación con nuevos asesinatos,

Lindad! —exclamó el teniente—. Escape mientras pueda y...

—¡He de matarles!

El revólver se movió unas pulgadas y apuntó directamente al pecho del policía. Éste supo que iba a morir con tanta seguridad como si ya sintiera el plomo en sus pulmones.

—¡Pierde usted, Lindad! —exclamó Lane.

Éste desvió su atención a él unos segundos.

—¿Quiere que le mate a usted primero, héroe? O quizá a la chica... realmente, tanto da uno como otro...

Lane Meres estaba sentado sobre el mismo borde del diván. Su actitud era un tanto extraña, doblado y tenso como un cable de acero, las piernas flexionadas en un gesto forzado. De reojo, Labor le miró extrañándose de la calma de aquel muchacho.

—En realidad, Lindad —añadió el ex soldado—, no conseguirá usted ir muy lejos, entre otras razones porque la existencia de su avión nos era conocida de antemano.

—Eso es una bravata...

—No lo crea.

—Usted intenta ganar tiempo para que lleguen los polizontes, pero por mucho que gane sólo consigue alargar su agonía. Tardarán todavía en estar aquí.

El revólver continuaba fijo en el teniente. Éste vio como el dedo que se apoyaba en el disparador se ponía blanco... iba a salir el disparo de un segundo a otro... y moriría absurdamente, con el ascenso y el aumento rozando sus manos...

Justo en aquel instante, cuando se disponía a encajar el plomo con todo su valor puesto a prueba, Lane Meres saltó.

Aunque decir que saltó es dar solamente una pobre idea de lo que hizo realmente. Sus piernas flexionadas se distendieron como las palancas de una catapulta, lanzándole al aire igual que si volara, pero con el impulso de una bala de cañón. Simultáneamente, empezó a aullar de aquella manera terrorífica que antes había paralizado a los pistoleros, tal como le habían enseñado para según qué ocasiones.

El revólver de Lindad vaciló unas décimas de segundo entre matar al policía o desviarlo contra aquella masa aullante que se le venía encima. Finalmente, disparó alocadamente y la bala se estrelló contra la mesa.

Lane cayó sobre él. El revólver vomitó otra llamarada. El muchacho sintió la mordedura del plomo en alguna parte imprecisa de su cuerpo, pero continuó debatiéndose entre los brazos del enloquecido Lindad, cuyo terror le impulsaba a defenderse desesperadamente, bajo los aullidos escalofrantes de su enemigo, unos gritos infrahumanos que le aterraban más incluso que la posibilidad de ser vencido.

Sintió un golpe bestial en su brazo derecho, lo mismo que si se le arrancasen de cuajo. Chilló, incapaz de contener la tormenta de dolor que le paralizaba. No supo que tenía el brazo roto hasta que trató de moverlo. El revólver escapó de sus dedos y Lindad logró ponerse de pie con dificultad.

Ante él, tambaleante, vio a aquella especie de demonio aullador, pero esta vez ya no gritaba, sino que estaba silencioso como la misma muerte, mirándole con ojos como llamas y acercándosele paso a paso, con los brazos rígidos a ambos lados del cuerpo, separados de éste, las manos planas cual si quisiera clavárselas en el estómago como cuchillos.

Alguien emitió un grito ahogado. La muchacha. Nadie pareció hacerla caso.

Labor, sin salir todavía de su estupor, balbuceó:

—¡Deténgase, Meres!

Tampoco nadie le hizo caso. Los labios del muchacho se distendieron en una mueca terrible. Por entre los dientes apretados musitó:

—¡Usted iba a matar a Ta sha... matar a Ta sha...!

Dio un corto salto y su mano derecha se abatió sobre el costado de Lindad. Fue un golpe seco, duro, irresistible. El asesino quiso gritar y no pudo, porque lo que sentía en su brazo roto era imperceptible al lado de la aterradora oleada de dolor que le invadió.

Cayó de rodillas, paralizado por completo, sin aliento, sin fuerzas siquiera para dar salida a los gemidos que se agolpaban en su pecho. Sentía como si acabasen de cortarle el cuerpo en dos mitades...

Y vio aquella mano mortal levantarse sobre su cabeza, y recordó a sus pistoleros muertos por ella y casi deseó que cayera sobre su cráneo de una vez para acabar con el insufrible infierno en que se

debatía...

—¡Quieto, Meres!

La voz del policía vibró como un clarín. No obtuvo ningún resultado, por cuanto el muchacho siguió avanzando, levantando la mano como un hacha...

—¡No lo mate! —aulló, brincando hacia adelante.

Ta sha, horrorizada, gritó también:

—¡Lane... no, detente...!

Fue esa voz la que evitó el golpe fatal. Meres se detuvo, titubeante, dando tiempo a que Labor llegase junto a él y lo apartase del paralizado Lindad.

Durante unos segundos nadie habló, dando tiempo a que la tensión se desvaneciera. Luego, el muchacho abatió la cabeza y se apartó del arrodillado asesino, yendo a reunirse con su amada en el diván.

El teniente suspiró.

—Bueno...

—¡Lane, estás herido!

La sangre se deslizaba por el costado del muchacho. Frenéticamente, Ta sha le desgarró la camisa para descubrir la herida. Labor retrocedió para interesarse también por aquella sangre.

Tenía un limpio orificio de entrada, y otro menos limpio de salida que la bala había abierto al atravesarle el costado de parte a parte.

—Ha tenido suerte —refunfuñó el policía—. Con la ambulancia vendrá un médico y podrá atenderle... Entre tanto, usted manténgalo quieto, por favor —le rogó a Ta sha.

Volvió junto a Lindad, que acababa de derrumbarse de bruces y que al fin había encontrado voz suficiente con que lamentarse. Sus quejidos no hicieron mella en el teniente, que no podía olvidar los instantes vividos ante la boca del revólver, cuando pensaba en la bala que le atravesaría... que le habría atravesado de no haber intervenido a tiempo aquel muchacho, salvándole y recibiendo a cambio un plomo como recompensa.

El mismo muchacho a quien debiera detener por atraco.

Era una estupidez.

Pero era también su deber y no había nada que discutir al

respecto.

Se inclinó sobre Lindad, agarrándolo para levantarle y dejarle sentado en una butaca, donde continuó gimiendo dolorosamente.

Hecho esto se volvió, sólo para encontrarse con la brillante y hermosa mirada de Ta sha. Se estremeció. Ella susurró:

—¿Es necesario, realmente?

—Bueno...

—Le ha salvado la vida.

—¡Condenación! ¿Cree que a mí me satisface?

Se asombró. Parecía como si aquella bella mujer pudiera adivinar sus pensamientos.

—Deja de suplicar, querida —gruñó Lane.

Pero ella no le hizo caso.

—Dígame, teniente... ¿qué sacará usted con detenerle? Ahora sabe que aquellos hombres fueron asesinados por Lindad, o por alguno de sus criminales a sueldo... ¿tan importante es para usted el robo de quinientos dólares?

No respondió. Incómodo, dio unos pasos por la estancia. Los gemidos de Lindad le ponían nervioso. El pistolero herido empezaba a removerse, recobrando el sentido. Y sus hombres no llegaban, y se sentía incapaz de resistir la ardiente mirada de aquella mujer enamorada...

—¿No quiere contestarme, teniente?

—¿Qué?

La miró por fin. En el fondo las hermosas pupilas parecían brillar un mundo de súplicas, una desesperación incontenible.

—Bueno, la verdad es...

Se interrumpió. Meres trató de levantarse, pero volvió a caer sentado con una mueca de dolor.

—¡Basta ya! —exclamó—. Déjalo en paz, Ta sha... Ahora ya tiene seguro su ascenso. No quiero verte suplicarle.

Labor suspiró hondo. Pensó que debería contar hasta cien antes de replicarle a aquel maldito loco. Luego suspiró.

—Tiene razón —dijo con voz insegura—. Ahora tengo seguro mi ascenso, y el aumento de sueldo que he esperado durante años. Mantener una familia tiene sus exigencias y le despersonaliza a uno...

—Pero no puede deshumanizarlo, teniente —le espetó ella.

—Está bien, Lane Meres es nuestro testigo número uno. Así será presentado.

Ta sha se levantó de un salto, las lágrimas agolpándose en sus ojos.

—¿Lo hará así realmente?

—Por usted —concedió Labor—. No será acusado, sino testigo.

Nunca supo cómo sucedió, pero se encontró con la muchacha entre sus brazos, y las lágrimas de ella llegaron a sus labios y creyó que desfallecía. Afortunadamente, la cosa duró poco porque ella se apartó, para correr a los brazos de Lane, donde se refugió para llorar su felicidad.

Labor se consoló pensando que, a fin de cuentas, los besos de aquella bella muchacha eran única y exclusivamente de aquel matarife que Vietnam había devuelto... en buena hora.

«Seguro, en buena hora —monologó para sí—. Me ha salvado la vida...».

La llegada de sus subordinados, de los peritos y el médico le libró de seguir pensando en eso. También los enfermeros de la ambulancia entraron, dudando sin saber por cuál cuerpo empezar primero su trabajo.

El teniente estrechó la mano del doctor y le señaló a Lane Meres.

—Ese primero, «doc». Tiene un agujero de bala.

—¿Y ésta?

—Ha salido por la espalda.

—Oh, bien... Oiga, ¿por qué demonios no se limpia usted ese carmín de la cara, teniente?

—¿Qué?

—Yo creí que era usted casado...

Se apartó de él. Labor, gruñendo un juramento, restregó su pañuelo por toda la cara. Realmente, quedó teñido de carmín. Instantáneamente, pensó en la explicación que daría a su mujer de aquella anomalía...

Azorado, convirtió el pañuelo en una bola y lo hizo desaparecer en el bolsillo. Su mirada tropezó entonces con los brillantes ojos de la muchacha, que le sonreían junto con los pulposos labios.

Y sonrió también.

Y de repente sintióse en paz con todo el mundo, incluso consigo mismo, y supo que aquella sensación de plenitud se la debía a la

mujer que le estaba sonriendo, y a aquel loco de manos de acero que había sabido enamorarla tan ciegamente...

—Los hay con suerte... —murmuró.

—¿Qué decía, teniente? —El médico le miraba.

—Nada. Ocúpese de lo suyo.

Giró sobre los pies y fue a sentarse detrás de la mesa.

Otro caso resuelto... el más importante de su carrera.

Vendrían otros, naturalmente. Pero estuvo seguro que en ninguno hallaría a una pareja como aquella...

Y sonrió abiertamente, y pensó en su mujer con la ternura de los primeros tiempos.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.